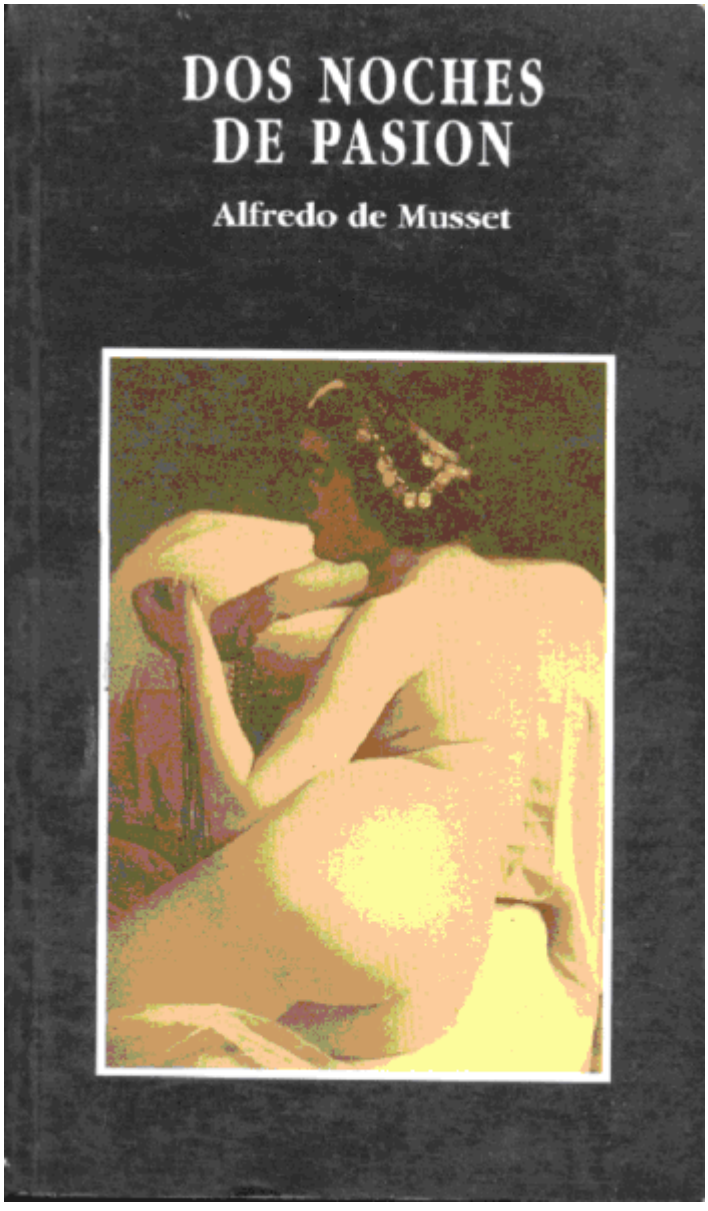
LIBRO dot.com

DOS NOCHES DE PASION

ALFRED DE MUSSET



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NOTA PRELIMINAR

Esta novela de Musset es una obra de arte, y al mismo tiempo un libro de pesadilla y de tormento: libro de vicio, de carne y sangre, de orgías locas, nacido en un sueño de ajenjo del borracho magnífico y glorioso. Nunca se había publicado hasta ahora con su nombre entre la serie de sus obras completas, como si tales páginas de fuego fuesen un crimen torpe e inconfesable. Pero, según acaece a los hijos clandestinos engendrados con besos delirantes en los espasmos de un amor frenético y prohibido, jamás el genio del Alfredo de Musset parió obra más hermosa.

La condesa Gamiani es la perversidad hecha mujer. Nada tan sugestivo y tan punzante como la libertina historia de esta insaciable gozadora de amor, siempre sedienta de un placer raro y nuevo, siempre buscando ¡más!, ¡más!, ¡más!, bajo las potentes caricias varoniles, y contra el dulce pecho tembloroso de otra anhelante y bella compañera, y aun entre las peludas patas de las bestias. Cuentos de risa, gritos de angustia, besos ardientes de pasión sáfica y sádica llenan el libro desde el principio al fin. ¡Cuánto libertinaje encerrado en sus páginas, pero con qué arte, con qué calor de humanidad, con qué esplendor supremo en la pintura, con qué poder soberano en la forma, tersa, impecable, elocuente y magnífica!

No se escribió Gamiani para ser publicado. Según narra un bibliófilo, su concepción surgió de la gárrula charla de un cenáculo literario y jovial de buenos camaradas.

Fue en el París romántico y revuelto de los días que siguieron a la revolución de 1830. Alfredo de Musset y nueve amigos suyos, estudiantes y poetas, todos henchidos de un juvenil amor al arte y a la vida, solían reunirse a diario en jocunda asamblea en uno de los más mundanos cafés del Palais-Royal. Una noche, después de una comida alegre, en que se habían alzado a Baco por docenas los sacrificios de las libaciones y en que se pensaba a la par en Venus y en Apolo, surgió el tema del erotismo en la literatura.

Vasta era la materia. Desde Dafnis y Cloe el Aretino, desde los Epigramas de Marcial hasta el Marqués de Sade, todo fue recordado, glosado y criticado con un carnal y docto regocijo. Y comentado la extremada licencia de lenguaje con que un Rabelais o un Brantôme o un Beroaldo de Verville, los clásicos abuelos del buen humor francés, trataban sus asuntos placenteros, alguien llegó a decir que era imposible escribir un buen libro -novela o poema eró-

tico- de delirante exaltación sensual, sin el empleo de imágenes groseras y de inevitables vocablos malsonantes.

Musset oía y callaba, con el vaso en la mano. De pronto habló, como si despertara de su ensueño de alcohol:

-Yo os digo que se puede hacer una obra de buen gusto, una obra de arte, sobre los arrebatos más abyectos, o tal vez más divinos, del amor. Yo soy capaz de hacerla. Dentro de tres días la traeré, si queréis oírla.

Y a los tres días Alfredo de Musset llevó escrito Gamiani.

Cada uno de los mozos que formaban el literario cónclave quiso tener una copia del libro, y la indiscreción de uno de ellos, admirador ferviente del autor, permitió a un editor belga darlo al público en 1833.

Antes de la presente traducción que se reparte ahora en el discreto y reducido círculo de mis amigos, estaba ya Gamiani, no precisamente vertido al español, sino a un lenguaje que lo parecía a veces. Es un libraco infecto, soez mercancía pornográfica y sucia, que tiene hasta el ludibrio de cinco inmundas láminas sin relación ninguna con el texto, y en que un vil e ignaro delincuente anónimo profanó el genio de Musset y el habla castellana, quitando a la obra precisamente el cendal de la forma que cubre su crudeza con las magnificiencias del estilo, y dando una versión absurda, antisintáxica, mermada y macarrónica que, cuando, por desgracia, es comprensible, parece un cuento verde puesto en los jayanescos labios de un mozo de cortijo.

De las luces del vertedor os dará idea un detalle. Dice, en la página 16 de su engendro: «Juró como un templario.»

Y se le ocurre hacer esta llamada: «Habitante del Temple, barrio de París. Según veis, esta de hoy, aun torpe como mía, es la primera traducción del libro.

Para preámbulo de él, como corona de laurel glorioso, se pone una bellísima semblanza de Alfredo de Musset, un responso magnífico que entonó hace años Alejandro Sawa, el gran bohemio poeta, tan semejante por su talento y por sus extravíos al autor galo.

Y también se inserta un fragmento de las Memorias de Celeste Mogador, que en casi todas las modernas ediciones precede a esta novela. Es un odioso y desolado cuadro de lupanar, por donde pasa la sombra trágica del Musset decadente, cruel, perdido, agotado... En él se pinta la decrepitud, no sólo de su cuerpo, tronchado por el sino en plena fuerza y plena juventud, sino también de su alma, y se ven las negruras del ocaso de su radiante espíritu.

ALFRED DE MUSSET

En estos días rientes de la maga Primavera, todos los enamorados en París, dos a dos (¡oh, inefable y cándido misterio!) ofrendan a Musset flores y preces, flores de los jardines y preces del corazón, cálidas como epitalamios. Murió, en efecto, un día de mayo de hace cincuenta y un años. «Yo soy el poeta de la juventud-decía-. Debo morir en la primavera.» Y al extinguirse, las musas y las mujeres lloraron como en los días en que, con Pan, se fueron los postreros dioses de la tierra.

Tengo el modelo ante los ojos de mi deslumbrada memoria: un gran Musset, en los tiempos heroicos de su adolescencia, recostado sobre un diván (yo no puedo concebir de pie y erguido a ese poeta) y envuelto en 1 túnica de Manfredo; pero no acude a mi imaginación, con la generosidad de otras veces, el sentido lineal y cromático de la figura que me propongo dejar estampada aquí, y eso me desespera, porque Musset es una de las más evidentes figuras de mi museo interior...

Yo lo veo moralmente con dos caras, bicéfalo, como un monstruo asiático: la cara plácida e iluminada por un sol de Atenas, de los días buenos, y luego, en los días malos, en los días de niebla y alcohol, la cara fatal de un maldecido que purgara en la tierra crímenes que, por lo horrendos, no pudieran decirse.

Hay el Musset adolescente y el Musset de la decadencia. El primero, que fue un creador divino del que Saint-Beuve pudo decir: «Nadie, al primer golpe de vista, producía como él la impresión del genio adolescente», vivió sólo diez años; todas sus obras líricas y dramáticas las levantó antes de los veintisiete años. El segundo, que fue un destructor satánico, vivió diecisiete. Y a mí se me antoja más interesante el Musset de la derrota que el del triunfo, porque siempre he creído a Lucifer más propio de la oda que al ángel bueno que guarda la entrada del Paraíso.

Con un joven dios ha sido frecuentemente comparado. Y yo añadiría que con un joven dios de las viejas teogonías nordiales. Era un efebo rubio, azul y blanco: en jaspe, oro, y mármoles policromos para el basamento, debería ser tallada su estatua. Jorge Sand, su inmortal amada, lo conoció así, en aquel esplendor. Su amor, obra fue de deslumbramiento. Quedó

cegada ante aquel magnífico ejemplar de la gracia cuando se transforma en criatura mortal. Y, herida de muerte, sangró lágrimas toda su vida.

Es curiosa la correspondencia en que la autora de Elle et Lui platica con Saint-Beuve de aquellos sus amores. Hay una carta, la primera de la serie, que alumbra con luz intensa una de las más lóbregas emboscadas del destino, que yo sepa. Concluye así: «Después de haberlo meditado, pienso que será mejor que no conduzcáis a casa a Alfredo de Musset para presentármelo. Es demasiado dandy para mis gustos, y creo que no llegaríamos a entendernos

nunca. Más que interés es mera curiosidad lo que me inspira.» (Marzo de 1833.) ¿Coquetería, quizá, de hembra que huye por el solo gusto de ser alcanzada?

Pero el mal azar quiso (¿y por qué no el índice bueno del destino, puesto que a ese momento inicial debemos La noche de octubre, entre otras composiciones soberanas?) que se encontraran algún tiempo después en una comida de la Rue des Deux Mondes, y al día siguiente Jorge Sand escribe a Saint-Beuve, su misericordioso confesor, anunciándole sin ambages que es querida de Musset y que puede decirlo así a todo el mundo.

Estos amores de Musset quemaron y agotaron toda su sensibilidad moral y artística. En la historia de la mayor parte de los hombres el amor es sólo una anécdota; pero aquí es una vida: una vida de pie y entera, una vida en toda su extensión, porque Musset sólo fue hombre y poeta mientras amó; luego el cuidado supo asistir a los propios funerales de su genio. Un día las gacetas de París anunciaron que Jorge Sand y Alfredo de Musset habían ido a pasar una temporada en Italia; otro, poco tiempo después, que el poeta se encontraba enfermo y agoni

zante en Venecia; luego, que Musset había regresado solo y viudo, en plena vida de la mujer que había asociado su destino. Y se hizo la noche, desde el momento aquel, en la vida del mísero, una triste y larga noche, sólo alumbrada por las lividece como espectrales del alcohol ardiendo en el fondo de las poncheras, las noches en que Baco el velloso recibía triste consagración, como en los días idos de la Grecia agonizante.

Como en las obras de enredo, el drama de Venecia tuvo más de dos personas: un doctor Pagello, ante cuya armazón física no se mostró esquiva, a lo que parece, Jorge Sand, representó en él una acción preponderante.

De Pagello es esta frase monstruosa, que he visto impresa al pie de una carta dirigida a Jorge Sand: Il nostro amore per Alfredo.

Pero Musset estaba cansado de aquellos amores de fiera desleal: su ilusión había quedado en Venecia tumbada en el fango, con las alas tronchadas.

Y no consintió ya nunca jamás abrirle las puertas de su corazón, frío y hórrido como una fosa abandonada, a la enamorada pecadora.

Fue en vano que llamara, que implorara, que rugiera, que amenazara. Musset estaba cansado y desangrado.

Ella le escribió: «No me ames, puesto que dices que no puedes; pero acéptame a tu lado y luego golpéame si quieres: todo lo prefiero a tu indiferencia.» Y encarándose con Dios mismo, le decía: «¡Ah, devolvedme mi amante, y yo me tornaré devota y yo desgastaré con mis rodillas las losas de las iglesias!»

Llegó a mas: uniendo el gesto a la palabra, se cortó un día la magnífica cabellera, que era el más lúcido prestigio de su belleza, y se la envió a Musset, como ofrenda bárbara a un Dios implacable y cruel; otra vez la encontraron tendida ante la puerta del ídolo como una muerta; atravesada en el umbral como un perro que aguarda a su amo.

No pudo ser. Y de allí en adelante la vida de Musset no fue sino una monótona exposición de horrores: luego vino la impotencia de escribir, cuya causa no le era desconocida, pero contra la que no podía reaccionar. Como asistía al desastre de su ser día por día, hora por hora, es seguro que vivió embrujado por la tentación del suicidio todo lo largo de su postrero trayecto mortal. El demonio del alcohol había hecho presa en sus entrañas y ya no lo soltó hasta su muerte. Vivía aislado, roído de tedio. Y llegó a no figurar en el movimiento literario de su país, como si efectivamente hubiera muerto.

Heine dijo: «Musset es tan ignorado por la mayoría de Francia como podría serlo un poeta chino». Sus breves amores con la Malibran parecieron reanimarlo momentáneamente; pero cayó de nuevo en más hondas y definitivas desesperanzas.

El glorioso efebo que Jorge Sand había amado, y que Grecia hubiera ungido de flores, se trocó en un hombre frío y altanero y, fuerza es decirlo, antipático: él mismo lo reconoce en carta dirigida a uno de sus escasos amigos de la última etapa: «Me he mirado por dentro y por fuera, y me pregunto si bajo este exterior rígido, mal encarado e impertinente, poco simpático, en fin, no hubo primitivamente un hombre de pasión y de entusiasmo, un hombre a la manera de Rousseau.»

Alfredo de Musset murió definitivamente el 1 de mayo de 1857; murió diciendo: «¡Dormir, quiero dormir!»

Bueno es dejar estampada aquí la suprema ironía de que al día siguiente sólo veintisiete personas asistieron al sepelio. Y pienso y, al evocar este recuerdo y el de Poe y el de Baudelaire (sagrado tríptico), que de entonces acá todas las apoteosis mortuorias son injustas y

sacrílegas. Verdad es también que no se celebran funerales en nuestra baja tierra cuando alguna estrella deja de arder en el firmamento...

LOS DIAS NEGROS DEL POETA

(Fragmento de las memorias de Celeste Mogador)

Durante mi permanencia en aquella casa tuve ocasión de ejercitar mi temperamento belicoso con un hombre cuya gloria, aunque deslumbradora, quizá no sea bastante a borrar el recuerdo de su depravación.

Ocioso es advertir que no diré su nombre; pero si alguien le reconoce a través de estas páginas, mi conciencia permanecerá tranquila.

Nada me importa hablar del trato que con él tuve, porque, como puede apreciarse, la historia de nuestros amores no consistió en un trueque de caricias vulgares vendidas y compradas, sino que fue una serie continuada de violencias, discordias y engaños.

La primera vez que le vi estaba yo de muy mal humor. Su presencia me causó una impresión que me sería difícil de expresar. Cuando menos me lo esperaba, me dijeron que había llegado un hombre a quien tenía que presentarme, y seguí a Fanny al saloncito. De espaldas a la puerta, sentado junto a la chimenea, me encontré a un individuo que ni siquiera se tomó la molestia de volverse a mirarme. Tenía el cabello rubio, era delgado, y ni bajo ni alto.

Avancé un poco hacia él: vi que sus manos eran finas y blancas, y que con una de ellas se golpeaba maquinalmente una rodilla. Plantéme ante mi visitante, y él levantó los ojos para verme. Más bien que un hombre parecía un espectro. Observé aquella ruina prematura: apenas si el recién llegado representaba treinta años, a pesar de las arrugas que surcaban su semblante.

-¿De dónde vienes?- me preguntó, cual si acabara de salir de un sueño-.

No sé quien eres.

No contesté, y él principió a jurar.

-¿Por qué no me respondes cuando te concedo el honor de hablarte?

Me puse encarnada, y le dije:

-¿Os pregunto yo acaso ni quién sois ni de donde venís? ¿Es que se necesita alegar algún título especial para presentarse ante vos? Pues no tengo ninguno.

El se quedó impasible, sin apartar de mí su mirada inexpresiva.

Entonces yo me dirigí a la puerta.

-¡No os mováis de ahí!-me gritó-.¡Os lo mando!

Sin aguardar una palabra más, salí del saloncito.

Corrí a contar a Fanny lo que ocurría, y ella se encogió de hombros y me dijo que había hecho mal; que el señor de la chimenea era el mejor amigo de la casa; que le gustaba que le tratasen bien; que muchas veces se pasaba ocho días metido allí; que sus méritos propios le disculpaban, y que era uno de los escritores más grandes de su tiempo.

-¿Ese hombre?-exclamé sorprendida.

-¡Ese hombre!

-Pues convendría que escribiese peor y hablase mejor.

Mi compañera Dionisia, que estaba delante, me advirtió al oído:

-Fanny le disculpa porque él le da a ganar mucho dinero. Pero es un hombre vil, brutal, indecente y borracho. ¡Pobre de la que tiene la desgracia de gustarle!

Un tremendo campanillazo hizo retemblar la casa.

Era ni enemigo, colérico porque le había dejado solo.

-No vayas-me dijo Dionisia.

-¿Por qué no?-contesté, mirando a Fanny de una manera irónica-. Me gusta eso de ver de cerca a un genio. Siempre se saca algún provecho con el trato de los hombres de talento.

Y volví al saloncito.

-¿Estás aquí por fin? En esta casa todos me obedecen. Tú me obedecerás también. -Quizá.

-Y sin quizá. Para empezar, vas a beber conmigo.

Llamó, y acudió Fanny.

-¡A beber!-dijo el hombre.

Fanny nos llevó tres botellas y dos vasos.

-¿Qué quieres tomar? ¿Quieres ron, aguardiente o ajenjo?

-Os lo agradezco, pero yo sólo bebo refrescos, y ahora no tengo sed.

-¿Y a mí qué me importa eso? ¡Quiero que bebas!

-¡No!-respondí resueltamente.

Juró como un templario; echó en su vaso ajenjo y lo apuró de un trago.

-¡Ahora, tú! ¡O bebes o te pego!

Llenó dos vasos y, tambaleándose, me ofreció uno de ellos. Le veía avanzar hacia mí, un poco inquieta por su amenaza, pero resuelta a no ceder.

Cogí tranquilamente el vaso que me ofrecía y tiré el contenido a la chimenea. -¡Ah!-dijo, asiéndome de un brazo y obligándome a girar sobre mí misma, aunque sin lastimarme-. Eres desobediente. ¡Mejor! ¡Así me gusta!...

Sacó un puñado de luises y, con un vaso lleno en la otra mano, insistió:

-Bebe, y te los daré.

-No bebo-repetí.

-¡Oh!-exclamó riendo e inclinándose un poco-. ¡Magnífico carácter: inaccesible al miedo y al interés! Lo mismo da. Me gustas como eres. Siéntate junto a mí, en este sofá, y cuéntame tu historia.

Me senté sin hablar.

-Tú has sido desgraciada y perseguida, ¿verdad? Apostaría a que, lo mismo que tus compañeras, eres por lo menos hija de un general. Responde con franqueza: ¿te gusta mi modo de ser?

-Me repugna atrozmente.

-Veo que no te pareces a las otras. Todas enloquecen por mí. Pero, ¡qué hemos de hacerle! No está en la mano de uno ser simpático. A las demás no puedo soportarlas, y tú me pareces original y me encantas. Coge este oro: te lo doy, aunque no te lo has ganado. Ahora, déjame. ¡Vete!

Me apresuré a obedecer. Al salir, le miré y vi que llenaba un vaso de aguardiente. Dionisia me esperaba en la puerta.

-Tenía miedo-me dijo-de que te pasara algo. Dicen que pega cuando le contrarían, y estaba aquí para auxiliarte si llegaba el caso.

Le di las gracias con una sonrisa. En aquellos momentos me importaba poco la vida, y si me hubiera pegado aquel hombre por el placer de atormentarme o humillarme, creo que hubiese corrido más peligro que yo.

Tanto le había chocado mi menosprecio, que no podía vivir sin mí. Iba a verme dos o tres veces cada día. Tenía momentos como de locura, en los que, sin motivo, me decía cosas infames. Esto me sacaba de quicio. Manifesté que por nada del mundo me presentaría más a

él, y brutalmente me hicieron comprender que no era dueña de mi voluntad. Entonces comencé a tomar horror a mi ama. Agaché la cabeza y bajé al saloncito. Altivamente, sin esperar a que me dirigiera la palabra, exclamé:

-¿Qué queréis de mí? ¿Por qué tenéis empeño en verme? Vuestra presencia no me inspira mas que asco. Si es durante vuestras noches de orgía cuando escribís tan bellas cosas como las que he leído esta mañana, al día siguiente no debéis de reconoceros como autor de ellas, y eso es lástima. Estáis muy en carácter despreciando a la mujer y denigrándola. Sois menos que un perdido. ¡No sois mas que un borracho! Quizá tengáis razón al desdeñarnos; pero, si la tenéis, ¿por qué no nos dejáis en paz?

Esperaba un poquillo recelosa el efecto de mi fogosa arenga, cuyo principio oyó mirándome con ojos extraviados. Pero bien pronto me serené, pues al terminar advertí que se había quedado dormido en la butaca.

Salí de puntillas.

Creo que no me guardó ningún rencor, porque al siguiente día pidió permiso para convidarme a comer. La señora se apresuró a otorgárselo sin mi consentimiento. Yo procuré tranquilizarme, confiada en que aquel individuo guardaría sus extravagancias groseras para cuando iba a verme a casa, pero fuera de ella se respetaría un poco más y al libertino descarado lo reemplazaría el hombre de gustos exquisitos.

A las seis fue por mí y me llevó al Rocher de Cancale. Yo vestía un traje sencillísimo que estrené precisamente aquel día, lo mismo que el sombrero. Me gustaban mis atavíos, y estaba menos triste que de ordinario, quizá porque era la segunda vez que salía de la odiosa vivienda. En los primeros momentos no dio ocasión a que me disgustara, exceptuadas ciertas bromas de mal gusto, nada piadosas, que esquivé como pude.

El criado que nos servía colocó en la mesa un sifón.

Nadie pudiera sospechar la loca idea que pasó por la cabeza de aquel hombre singular que me había elegido por víctima de sus caprichos. Cogió el sifón como para echarse agua y, volviéndolo hacia mí, me puso hecha una sopa. Hay ocasiones y hay estados de espíritu en que estas cosas pueden tolerarse, aun cuando sean como bromas pesadas. Pero yo estaba tan harta ya y era tan desdichada, que el indudable acceso de locura me exasperó. Derramé un mar de lágrimas: de lágrimas de ira. Y mientras más lloraba yo, más grandes y más fuertes eran sus carcajadas.

DOS NOCHES DE PASION

PRIMERA PARTE

Era ya media noche y los salones de la condesa Gamiani resplandecían al brillo de las luces.

Danzaban las parejas a los sones de una mágica orquesta. Tenían los trajes el encanto de la elegancia y del color; deslumbraban las joyas.

Llena de gracia, encantadora, desviviéndose con sus invitados, la dama que daba la fiesta parecía llena de alegría por el éxito de ella. Se la veía sonreír satisfecha a todas las palabras galantes y a los cumplimientos que se le prodigaban.

Yo, firme en mi papel habitual de observador, había notado más de una circunstancia que me hacía no apreciar en la condesa el mérito que todos le atribuían. Pronto medí lo que valía como mujer de mundo. Faltábame disecar su ser moral, llevar el escalpelo al corazón, y, en este punto, confieso que algo extraño y misterioso me detenía, estorbando mi deseo. Me daba una pena infinita aquel afán por conocer el fondo de la existencia de una mujer de conducta enigmática.

Joven todavía, dueña de una fortuna inmensa, bella a los ojos de los más, esta mujer, sin familia, sin grandes amistades, sin preocuparse de los ventajosos partidos que podían presentársele, había llegado a constituir un caso raro en la vida mundana.

La manera de ser de la condesa tenía muchos comentaristas, y todos ellos remataban en la maledicencia; unos veían en ella una mujer sin alma y sin pasiones; otros la suponían herida por los desengaños, deseosa de sustraerse en adelante a las decepciones amargas de la vida.

Quise salir de dudas, y para ello puse a contribución cuantos recursos me podía suministrar la lógica; pero todo fue en vano: no di con una conclusión satisfactoria.

Desorientado y aburrido, empezaba ya a pensar en otras cosas, cuando escuché que, detrás de mí, decía de pronto en alta voz un viejo libertino:

-¡Bah! ¡Es una tríbada!

Esta palabra fue como un rayo de luz en las tinieblas. ¡Todo se encadenaba y se explicaba! ¡Ya no existía contradicción posible!

¡Una tríbada! ¡Oh! Esta palabra resonaba en mi oído de un modo extraño; suscitaba en mi espíritu no sé qué imágenes de voluptuosidades monstruosas y lascivas hasta el último límite. ¡Era la furia lujuriosa, la violenta y forzada lubricidad, el goce horrible que jamás concluye, que jamás se harta!

Inútilmente pretendía desechar estas ideas, que en un momento me inflamaron en delirios orgiásticos. Y creían ver mis ojos desnuda a la condesa, en los brazos de otra mujer, con los cabellos sueltos y esparcidos, rendida, atormentada por un placer insaciable y abortado. Hervía mi sangre, mis sentidos rugían y caí trastornado en un sofá. Cuando me hube repuesto de la emoción pensé serenamente lo que tenía que hacer para espiar y para sorprender a la condesa. Era preciso conseguirlo a todo trance.

Decidí vigilarla toda la noche, en su mismo dormitorio. La puerta vidriera del tocador daba frente a la cama. Advertí lo admirable de tal observatorio y, oculto entre unas ropas que allí estaban colgadas, me resigné pacientemente a esperar la hora de los sortilegios.

No había acabado de agazaparme, como queda dicho, cuando la condesa Gamiani apareció y llamó a su doncella, que era una muchacha morena y arrogante, a la que dijo:

-Julia, esta noche no te necesito. Puedes acostarte. Si oyes ruido en mi cuarto no te molestes. Quiero estar sola.

Acaso estas palabras presagiaban un drama. Estaba satisfecho de mi osadía.

El rumor del salón se fue debilitando poco a poco, hasta que al fin se quedó sola la condesa con una amiga suya, la señorita fanny B***. Pronto se hallaron ambas en la alcoba, ante mis ojos llenos de ansiedad y pasión.

Fanny

¡Qué contratiempo tan desagradable! Llueve a torrentes y no hay manera de encontrar un coche.

Gamiani

Tan desolada estoy yo como vos. para que todo venga mal, el mío se ha roto y hoy lo han llevado a componer.

Fanny

Mi madre estará inquieta.

Gamiani

Por ese lado no temáis, querida Fanny. a vuestra madre le he avisado y sabe que pasáis aquí la noche. Os doy posada.

Fanny

¡Sois demasiado bondadosa! Os voy a molestar.

Gamiani

Mejor diríais que vais a ocasionarme un gran placer. Esta es una aventura inesperada, que me divierte... Y no consiento que durmáis sola en otra alcoba. Aquí nos quedaremos las dos.

Fanny

¿Por qué? Voy a perturbar vuestro sueño.

Gamiani

No andéis con ceremonias... ¡Vaya! Seamos como dos amiguitas, como dos colegialas. Un beso lleno de dulzura selló el tierno desahogo.

-Dejadme que os ayude a desnudarossiguió Gamiani-. Mi doncella se acostó ya; podemos prescindir de sus servicios... ¡Estáis prodigiosamente formada! ¡Es divino ese cuerpo!

Fanny

¿Lo encontráis bien? Gamiani ¡Lo encuentro delicioso! Fanny

Es que sois muy amable.

Gamiani

¡Oh! ¡Portentoso! ¡Qué blancura! ¡Os tengo envidia!

Fanny

Pues en eso hacéis mal, porque vos sois más blanca.

Gamiani

¡No lo creáis, niñita!... Quitaos toda la ropa, como yo. ¡Qué timidez! ¡Ni que estuvierais ante un hombre!... ¡Así! Miraos en ese espejo... En el juicio de París os hubierais llevado la manzana. ¡Cómo sonríe viéndose tan hermosa! ¡Merecéis un beso en la frente... otro en las mejillas... otro en los labios! ¡Todo, todo, todo es celestial en vos!

La ardiente boca de la condesa se paseaba lasciva por el cuerpo de Fanny. Confusa y temblorosa, Fanny, sin resistir, no sabía lo que aquello significaba.

Hacían una pareja deliciosa de voluptuosidad, de gracia, de lúbrico abandono y tímido pudor. Podría decirse que había caído un ángel en los brazos de una bacante ebria.

¡Cuánta belleza entregada a mis ojos! ¡Qué espectáculo aquel para sacudir y aguijar el deseo en mis sentidos!

Fanny

Pero ¿qué hacéis? ¡Dejadme, señora; os lo suplico!

Gamiani

¡No, Fanny mía, niña mía, vida mía,

delirio mío! ¡Eres demasiado hermosa! ¡Ya lo ves: te amo! ¡Te amo, te adoro, enloquezco por ti!

En vano pretendía defenderse la joven. Los besos ahogaban sus gritos. Inútil era toda resistencia. La condesa, cogiéndola, abrazándola, con el ciego arrebato del deseo, la llevó al lecho y la tendió sobre él como una presa que iba a devorar.

Fanny

¿Qué os pasa? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Señora! ¡Esto es horrible!... ¡Voy a gritar!... ¡Dejadme! ¡Me asustáis!

Besos más quemantes aún, más apretados, respondían a su voz. Los brazos la enlazaban con más fuerza, y los dos cuerpos parecían uno solo.

Gamiani

¡Fanny, entrégate a mí, date a mí toda entera, en cuerpo y alma! ¡Toma mi vida! ¡Tómala! ¡Esto sí que es gozar!... ¡Cómo tiemblas, nenilla!... ¡Oh, por fin, cedes!

Fanny

¡No! ¡Hacéis mal... hacéis mal! ¡Me estáis matando! ¡Siento que me muero! Gamiani

¡Sí; aprieta bien tu cuerpo contra el mío! ¡Apriétalo, mi amor! ¡Aprieta más; más fuerte! ¡Qué hermosa estás en el placer!... ¡Embustera! ¡Si gozas, si te gusta!

Mis ojos vieron un extraño espectáculo. La condesa, con la mirada llameante, sueltos y enmarañados los cabellos, sofocada y loca, se crispaba, ondulaba, se retorcía sobre su víctima, cuya mórbida carne se exaltaba a su vez. Las dos mujeres se enlazaban y oprimían

fuertemente; se devolvían sacudidas y empujes, y sus suspiros y sus gritos los apagaba un estallar de besos.

Temblaba y crujía el lecho bajo la delirante exaltación de la condesa, cuando Fanny, agotada, anonadada, dejó al fin caer sus brazos y se quedó inmóvil y pálida como una hermosa muerta.

Jadeaba la condesa. La pasión la excitaba y no la hartaba. Frenética, furiosa, se lanzó en medio de la alcoba, rodó sobre un tapiz y allí se enardecía con posturas lascivas, rabiosamente lúbricas, y pretendía provocar con sus dedos el paroxismo del placer...

No pude más. Al cabo, esta visión trastornó mi cabeza.

La indignación y el asco me habían dominado un instante: pensé surgir de pronto ante la viciosa mujer y echar sobre ella el peso de mi desprecio. Pero la carne venció a la razón. Triunfaron los sentidos, poderosos, soberbios, anhelantes.

Y me lancé, desnudo, sobre la hermosa Fanny, fuera de mí, rojo como la grana, feroz como una bestia, apenas si ella había tenido tiempo de darse cuenta de este nuevo ataque, cuando ya, triunfador, sentía su cuerpo flexible y delicado agitarse y temblar bajo mi cuerpo, bajo mi vigorosa acometida.

Nuestras lenguas se cruzaban ardientes, aceradas. ¡Nuestras dos almas se fundían en una!

Fanny

¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Me están matando!

Y al lanzar esta queja, tuvo la hermosa un estremecimiento, dio un suspiro y me inundó con sus favores.

-¡Oh, Fanny!-exclamé yo-. ¡Espera, espera!... ¡Toma!... ¡Para tí!

Creí que lanzaba fuera de mí todo mi ser. Creí que la vida entera se me iba.

¡Qué estrago!... aniquilado, como perdido en los brazos de Fanny, no había sentido el ataque terrible de la condesa, que, vuelta en sí por nuestras voces y por nuestros suspiros, arrebatada por la cólera y la envidia, se había lanzado a quitarme a su amiga. Sus uñas se clavaban en mi carne, sus dientes me mordían rabiosos.

Aquel doble contacto de las hembras sudorosas de placer, ardiendo de lujuria, aguzaba y multiplicaba mis deseos. Permanecí firme y triunfante, unido a Fanny; en seguida, sin perder aquel cuerpo conquistado, y en la violenta confusión de tres criaturas que se abrazan, se oprimen y ruedan enlazadas, logré asir

fuertemente los muslos de Gamiani y abrirlos sobre mi cabeza.

-¡Aquí, Gamiani!-dije-. ¡Acercaos! Apoyaos bien sobre los brazos.

Gamiani adivinó y obedeció, y pude a mi gusto posar mi lengua activa, devoradora, sobre su sexo abrasador.

Fanny, como extasiada, trastornada, acariciaba blandamente el pecho palpitante que se movía por encima de ella. En un momento la condesa fue vencida.

Gamiani

¡Qué diabólico fuego encendéis!... ¡Es demasiado!... ¡Basta!... ¡Me ahogo!...

Y su cuerpo cayó pesadamente de costado, como una masa inerte.

Entonces Fanny, llena de exaltación, me echó al cuello los brazos, me oprimió fieramente, cruzándome sus piernas sobre los riñones.

Fanny

¡Ven, ven!... ¡Conmigo! -dijo-. ¡Todo tú para mí!... Más despacio... Detente... ¡Así!... ¡No; más aprisa!... ¡Anda!... ¡Oh, ahora!... ¡Ya! ¡Ya!... ¡Estoy inundada!... Estoy...

Nos quedamos el uno sobre el otro, rígidos, inmóviles; las bocas entreabiertas confundían sus alientos casi extintos.

Poco a poco volvimos de aquel enervamiento. Nos incorporamos los tres y nos miramos de una manera estúpida.

Avergonzada de sus arrebatos, la condesa cubrió su desnudez a toda prisa. Fanny se agazapó bajo la sabana; en seguida, como un niño que advierte su diablura cuando es ya irremediable, se echó a llorar. Gamiani empezó a apostrofarme.

Gamiani

¡Caballero, nos habéis sorprendido de un modo miserable! Vuestra acción es una asechanza odiosa, una infame cobardía. Me habéis avergonzado.

Yo quise defenderme.

Gamiani

¡Ah, caballero! Sabed que una mujer no perdona jamás a quien sorprende sus debilidades.

Contesté como pude. Alegué una pasión funesta e invencible, que ella había exasperado con su frialdad hasta impulsarme a la traición y a la violencia.

-Además-añadí-, no podéis creer que llegue yo a abusar de este secreto, que debo a la casualidad más que a mi propio atrevimiento. ¡Eso, jamás! Sería una cosa demasiado innoble. Confieso que en mi vida olvidaré estos ciegos arrebatos; pero guardaré para mí sólo su recuerdo. Si fui culpable, pensad en que no pude dominar mi corazón; y aun será mejor que penséis únicamente en las delicias que hemos gustado juntos y que podemos gustar todavía.

Me dirigí después a Fanny, mientras que la condesa, fingiendo una tremenda desolación, se cubría el rostro con las manos.

-Serenaos, señorita-le rogué-. ¿No es absurdo llorar en medio del placer? Pensad tan sólo en la suprema dicha que hace un instante nos unía. ¡Que ese goce inefable quede en nuestra memoria como un ensueño de felicidad, que es nuestro solamente y que sólo nosotros conocemos! ¡Os lo juro! Jamás amargaré el recuerdo de mi ventura confiándoselo a nadie.

Extinguióse la cólera; se agotaron las lágrimas. Como maquinalmente, volvimos a enlazarnos, a oprimirnos, mientras salían de nuestras bocas palabras de locura y besos de pasión.

-¡Que ninguna inquietud nos turbe, hermosas mías! Entreguémonos sin recelo, sin temor, a la suprema dicha, cual si fuera esta nuestra última noche.

Gamiani rugió entonces:

-¡La suerte está echada! ¡A gozar! ¡Ven, Fanny, ven! ¡Quiero morderte, quiero beberte, quiero aspirarte hasta la médula!... ¡Y vos, Alcides, qué soberbio macho!

-¿No me deseáis, Gamiani?-dije yo-. A vos os toca ahora. Menospreciáis este placer que yo puedo brindaros; pero ya lo bendeciréis cuando lo hayáis gustado y saboreado. Quieta, tendida! Echad hacia delante la parte que yo quiero atacar... ¡Oh, qué belleza, qué actitud!... ¡Ligera, fanny! ¡Ayudad a la condesa! Guiad vos misma esta lanza terrible, esta encendida lanza. ¡Abrid la brecha! ¡Firme!... ¡Ah, Gamiani, Gamiani, esquiváis el placer!

La condesa se retorcía como una endemoniada, más ocupada de los besos de Fanny que de mi ardiente empuje. Aproveché yo entonces un movimiento que deshizo el grupo, y volviendo el cuerpo de Fanny sobre el de la otra mujer, la ataqué briosamente. Los tres quedamos confundidos, abismados en un profundo éxtasis...

Gamiani

¡Alcides, qué traición! Me habéis abandonado de repente... ¡Os perdono! Comprendisteis que ibais a desperdiciar vuestro vigor con una insensible. ¿Qué voy yo a hacerle? Tengo la triste condición de estar en pugna con la naturaleza. No soy capaz de un dulce ensueño. Sólo siento lo horrendo, lo extravagante. Persigo lo imposible. ¡Es espantoso! ¡Consumirse, extenuarse en constantes decepciones! ¡Desear siempre y no saciarse nunca! Soy víctima de mi imaginación... Soy una desdichada.

Había en este lamento una pena tan viva, una expresión tan honda de desventura, que al escucharlo me sentí lleno de piedad. Aquella depravada mujer sufría hasta el punto de inspirar conmiseración.

-Tal vez-le dije-vuestro estado sea pasajero. Sin duda os entregáis demasiado a lecturas perniciosas.

Gamiani

¡Ah, no, no! No es mía toda la falta. Oidme y me tendréis compasión. Quizá me disculpéis.

Yo fui educada en Italia por una tía que quedó viuda muy joven. Cumplí los quince años sin tener del mundo otra idea que la idea terrorífica que sobre él nos inspira la religión, y pasaba mis días pidiendo a Dios que me librase del infierno.

Mi tía fomentaba este miedo, en lugar de atenuarlo. Era hosca y seca. Jamás me dio una prueba de ternura. Sólo algunas mañanas, llamándome a su lecho, me miraba dulcemente y me decía palabras afectuosas; me apretaba contra su seno, contra sus muslos y me estrujaba de repente en abrazos convulsivos... Aún creo estar viéndola agitarse, retorcerse, echar la

cabeza hacia atrás y prorrumpir en una risa loca. Yo sentía entonces una tremenda angustia, creyéndola atacada de epilepsia.

Un día tuvo aquella mujer una entrevista con un fraile capuchino, y después me llamaron y el reverendo padre me dirigió este discurso:

-Hija mía, ya vais siendo grandecita y es hora ya de que el demonio de la tentación ponga en vos los ojos. pronto sentiréis sus ataques. Si no estáis pura y sin mancha, os herirán sus flechas; pero si os halláis limpia de pecado, seréis invulnerable. Nuestro Señor redimió al mundo por medio del dolor, y también vos por el dolor lavaréis vuestras culpas. Preparaos a

experimentar los sufrimientos de la redención. Pedid a Dios la fuerza y el valor necesarios, porque esta noche seréis puesta a prueba... Id en paz, hija mía.

Ya mi tía me había hablado, unos días antes, de las torturas y las penitencias indispensables para conseguir el perdón de los pecados. Me retiré atemorizada con aquel anuncio del fraile. Así que me vi sola, quise rezar y elevar mi alma al cielo, pero no pude; mi alma estaba aterrada por el espanto del suplicio que me esperaba.

Mi tía acudió a buscarme a media noche. Me ordenó que me desnudara, me lavó de pies a cabeza y me echó una amplia bata negra, cerrada por el cuello y abierta por detrás. Vistióse ella lo mismo y ambas salimos de nuestra casa en coche.

Al cabo de una hora me vi en una vasta sala, tapizada de luto y alumbrada con una sola lámpara, suspendida del techo.

-Arrodillaos, sobrina. Disponéos para la oración y soportad con ánimo todo el mal que Dios os envíe.

Apenas hube obedecido, se abrió una puertecilla. Un fraile, encamisado como nosotras, se acercó a mí y refunfuñó no sé qué cosa. Luego me separó el vestido y me dejó la grupa al descubierto.

Lanzó un suspiró casi imperceptible, enardecido sin duda a la vista de mis carnes. Su mano fue paseándose por ellas complacida, se detuvo en las nalgas y acabó por posarse más abajo.

-¡Por aquí peca la mujer: por aquí ha de sufrir!-dijo con cavernosa voz.

Apenas proferidas estas palabras, me sentí azotada por unas disciplinas de recios nudos y con pinchos de hierro. Abracéme al reclinatorio y quise en vano ahogar los gritos. Pero el dolor era tan grande, que al cabo eché a correr por la sala clamando:

-¡Piedad, piedad! ¡No puedo resistir este martirio! Mejor quiero morir. ¡Tenedme compasión!.

-¡Miserable! ¡Cobarde!-dijo mi tía, indignada-. ¡Miradme a mí, mirad lo que yo hago! Y así diciendo, se quitó su túnica, se quedó desnuda, se echó de bruces y esperó el azote con los muslos levantados.

Cayó sobre ella una lluvia de golpes. El verdugo era implacable. Las carnes empezaron a sangrar.

Mi tía, impasible, inquebrantable, pedía a cada momento:

-¡Pegad! ¡Pegad más fuerte! ¡Más fuerte todavía!

Esta visión me trastornó. Sentí de pronto un valor sobrehumano y dije que me hallaba pronta a sufrir todo cuanto quisieran.

Mi tía se alzó del suelo y me cubrió de apasionados besos, mientras el fraile me ataba las manos y me ponía sobre los ojos una venda. ¿Qué deciros, en suma? Comenzó nuevamente mi suplicio, más terrible aún; pero yo tenía embotada la carne; no sentía nada; únicamente, en medio del chasquido de los azotes, creía escuchar como aullidos confusos, y palmoteos de manos sobre cuerpos desnudos, y risas insensatas, risas nerviosas, convulsivas, denunciadoras del placer sensual. A veces, la voz de mi tía, delirante de voluptuosidad, dominaba el orgiástico concierto, la extraña algarabía, la saturnal de sangre.

Más tarde pude comprender que el espectáculo de mi tormento servía para despertar y azuzar los apetitos. Cada uno de mis apagados ayes provocaba un espasmo de lujuria.

Extenuado, sin duda, a fuerza de golpearme, acabó mi verdugo. Yo seguía inmóvil, abrumada de espanto, resignada a la muerte; sin embargo, a medida que me iba recobrando, experimentaba un desasosiego singular, que estremecía e inflamaba mi carne. Me agitaba lúbricamente, como si quisiera satisfacer un afán insaciable. De pronto, me enlazaron dos brazos musculosos; sentí una cosa dura, rígida, caliente, que me punzó en la grupa, se deslizó hacia abajo y penetró en mi ser violentamente. Pensé que me abrían en dos pedazos. Lancé un grito horroroso, apagado al punto por las carcajadas. Dos o tres terribles envites acabaron de hundirme toda entera aquella cosa dura y desconocida. Las recias piernas de mi enemigo pegábanse a las mías llenas de sangre; me parecía que nuestros cuerpos se apretaban para fundirse en uno. Hinchábanse mis venas y saltaban mis nervios. El vigoroso roce que sentía, obrado con increíble agilidad, me daba tal calor, que creí que lo que había hendido mi ser era un hierro candente.

Caí en un éxtasis; me vi en el cielo. Un licor tibio y viscoso me inundó de pronto, penetró mis huesos, lo sentí hasta en la médula... ¡Oh, era demasiado! Entonces, mi organismo se hizo una fuente viva; corrió por él un fluido devorador como la lava ardiente y, con sacudidas frenéticas, furiosas, di salida a aquél río que me abrasaba y me derrumbé, extenuada, en un abismo de deleite infinito.

Fanny

¡Es un cuadro diabólico!

Gamiani

Falta algo todavía.

Mi goce se cambió muy pronto en un atroz dolor. Fui inhumanamente maltratada. Más de veinte frailes cayeron sobre mí, como hambrientos caníbales. Perdí el sentido; mi cuerpo quebrantado, destrozado, quedó tirado en tierra, como un cadáver. Al fin me trasladaron medio muerta a mi cama.

Fanny

¡Qué espantosa crueldad! Gamiani

¡Oh! Sí, espantosa. Más espantosa aún, porque ella decidió mi porvenir. Vuelta a la vida, a la salud, comprendí la perversidad horrible de mi tía y de sus criminales compañeros, cuya lujuria habían enardecido mis torturas. Juré un odio mortal a aquellos miserables, y este odio, en mi venganza y en mi rabia, se lo guardé a todos los hombres. Siempre me sublevó la idea de soportar sus odiosas caricias. Jamás quise servir de vil juguete a sus deseos.

Mi naturaleza era ardiente; había que satisfacerla, y por instinto caí en el hábito, triste y enervador, del goce solitario, hasta que llegó el día en que me curé de él con las doctas lecciones de las hermanas del convento de la Redención. La fatal ciencia en que son ellas maestras me perdió para siempre.

En llegando a este punto de su relato, ahogaron los sollozos la entrecortada voz de la condesa.

Locura era pensar que mis caricias pudiesen nada sobre aquella mujer. Por variar dentro del mismo tema, me dirigí a Fanny.

Alcides

A vos os toca ahora, bella asombrada. En una sola noche habéis sido iniciada en no pocos misterios. ¡Vamos, contadnos vos cómo experimentasteis las primeras delicias sensuales!

Fanny

¿Yo? No me atrevo, lo confieso.

Alcides

Vaya, no es esta la ocasión más a propósito para andar con pudores.

Fanny

Si no es pudor. Es que después de este relato que ha hecho la condesa, lo que contara yo sería insignificante.

Alcides

Esa no es excusa. ¿No nos ha unido, entregado y confundido la lujuria? Después de hacerlo todo, todo lo podemos decir.

Gamiani

¡Vamos, nenilla mía! ¡Toma un beso, dos, ciento, si son precisos para decidirte! ¡Mira a tu enamorado Alcides: de nuevo te amenaza!

Fanny

¡No, no, Alcides; dejadme! ¡No puedo

más! ¡Piedad! ¡Os lo suplico!... ¡Sois demasiado ardiente, Gamiani!... ¡Alcides, apartaos!

Alcides

¡No hay cuartel, vive Dios! Me lanzaré al asalto a sangre y fuego si no nos regaláis con el poema de vuestra doncellez.

Fanny

Si me obligáis...

Gamiani y Alcides

¡Sí! ¡Sí!

Fanny

Llegué a los quince años en completa inocencia, os lo aseguro. Ni siquiera una vez se me había ocurrido pensar en las diferencias que hubiera entre hombres y mujeres. Y así vivía ignorante, feliz sin duda, cuando, un día caluroso, hallándome sola en mi casa, sentí como deseo, más que deseo, necesidad de expansionarme, de estar a mis anchas.

Me despeiné, me quite algunas prendas, me aflojé otras y me tumbé casi desnuda en un diván... ¡Oh, me da vergüenza contarlo!... Principié a retorcerme, a desperezarme, a estirarme; eché un muslo a un lado, otro al otro, y me volvía y me revolvía en todos sentidos y, sin darme cuenta, adoptaba las posturas más impúdicas.

El diván era de cuero. Su frescura me causó una agradable sensación, un voluptuoso contacto en todo el cuerpo. Respiraba mi gusto en un ambiente suave, dulcemente penetrante. Me sentía sumergida en un delicioso éxtasis. Me parecía que una existencia nueva inundaba todo mi ser; pensaba que era más fuerte y más grande; que aspiraba un soplo divino; que florecía como un capullo nuevo que abre sus hojas bajo los rayos de un hermoso sol.

Alcides

Estáis poética, Fanny.

Fanny

No. Os pinto exactamente mis sensaciones. Erraba complacida mi mirada sobre mis formas; revolaban mis manos por mi garganta y por mi seno, y aún anduvieron más. Se detuvieron más abajo y caí, sin quererlo, en un profundo ensueño.

La palabra «amor» y la palabra «amante» acudían sin cesar a mi imaginación con un sentido inexplicable. Acabé por hallarme como sola, aislada, perdida en la tierra. Olvidé que tenía padres, amigos. Sentí un vacío espantoso.

Al fin me levanté, mirando con tristeza en deredor.

Me quedé un rato pensativa, con la cabeza melancólicamente desmayada, las manos juntas, los brazos abatidos. Y luego, contemplándome, examinándome, palpándome, me pre-

gunté si todo aquello no tenía un designio, no era para un fin... Instintivamente advertía que me faltaba algo que no sabía yo precisar, pero que buscaba y quería con toda el alma.

Debía de tener aire de extraviada, porque a veces reía insensatamente; se abrían mis bra

zos, como para estrechar un ser imaginario; llegaba hasta a estrujarle. Me tocaba mis carnes, me acariciaba; necesitaba imprescindiblemente algo tangible, un cuerpo que coger, que apretar. En mi alucinación me abrazaba a mí misma, creyendo juntarme a otro.

A través de las vidrieras se divisaban a lo lejos los árboles y el césped, y sentí el ansia de correr a revolcarme por la tierra o de perderme por el aire entre las hojas. Miraba el cielo y habría querido volar por los espacios, fundirme en el azul, desvanecerme en los celajes, en las nubes, en el horizonte...

Fuera de mí, me lancé sobre los cojines. Ya oprimía el uno entre mis muslos, ya cogía el otro entre mis brazos y lo besaba con locura, lo abrazaba frenética y hasta le sonreía: tan grande era la sugestión de mis sentidos. De pronto, me paré, me estremecí. Creí que me deshacía, que me acababa. «¡Ay!-exclamé, Dios mío, ¿qué me sucede?» y me alcé llena de espanto.

Me vi toda mojada. No pude comprender lo que era aquello. Pensé que estaba herida, tuve miedo y me hinqué de rodillas, pidiendo a Dios que me perdonara si había cometido un pecado.

Alcides

¡Deliciosa inocente! ¿No confiasteis a nadie lo que tanto miedo os produjo?

Fanny

¡No; jamás me atreví! Hace una hora, todavía ignoraba por qué fue todo aquello. Vosotros dos me habéis descifrado el enigma.

Alcides

¡Fanny! Esa confesión me lleva al colmo de la felicidad. ¡Toma otra nueva prueba de mi amor, encanto mío! Ayudadme, Gamiani, aguijoneadme, para que inunde de celeste rocío a esta flor temprana.

Gamiani

¡Qué ardor! ¡Qué fuego! ¡Fanny, te sientes desmayar!... ¡Oh, está gozando, está gozando!

Fanny

¡Alcides! ¡Alcides, me muero!... ¡Me... Y el goce nos llenaba de embriaguez, nos transportaba al cielo.

Tras un breve reposo, calma de los sentidos, me llegó a mí la vez de referir la iniciación de mi vida sensual, y lo hice de este modo:

-Nací de padres robustos y jóvenes. Mi infancia fue feliz, libre de lágrimas y de enfermedades. A los trece años estaba hecho un hombre y ya sentía los impulsos lascivos.

Destinado a la carrera eclesiástica, educado en el rigor de una absoluta castidad, combatía con todas mis fuerzas los acicates del deseo; mi carne despertaba, se irritaba, fuerte, imperiosa, y yo la maceraba sin piedad. Me condené a un ayuno riguroso; pero por la noche, entre sueños, se desahogaba mi naturaleza y yo me espantaba de ello como si cometiera un horrendo delito. Redoblaba mis abstinencias y ponía el alma entera en huir de toda idea pecaminosa. Este interior combate me atormentaba sin cesar. La forzada continencia dio a mis sentidos una tensión, una excitación, una extremada sutileza que antes nunca tuvieron.

Sufría frecuentes vértigos. Sentía que todo daba vueltas en torno mío y que yo también giraba. Cuando el azar ponía alguna mujer ante mis ojos, me parecía que estaba iluminada por una luz tan viva como el fulgor de un rayo. Mi humor vital, cada vez más caldeado y abundante, me afluía a la cabeza y la incendiaba, y por eso el cristal de mis pupilas sufría como una especie de espejismo raro y deslumbrador.

Llevaba varios meses en tal estado, cuando, cierta mañana, de repente, sentí en todos mis miembros una violenta contracción, a la que siguió un movimiento convulsivo como el que suele preceder a los transportes epilépticos... Volvieron los deslumbramientos con más fuerza que nunca... Primero vi un círculo negro que giraba ante mí vertiginosamente, y se agrandaba, y se hacía enorme. Luego brotó del centro de la sombra una llama viva y rápida que lo alumbró todo. Descubrí un horizonte inacabable, de inmensos cielos encendidos, atravesados por millares de cohetes voladores que se rompían en una lluvia de oro y en chispas de zafir y de esmeralda.

Se extinguió el fuego y le sucedió una luz tenue y aterciopelada. Me parecía nadar en el resplandor suave de un pálido rayo de luna de estío. De súbito, en el punto más lejano, surgieron vaporosas, aéreas, como un enjambre de doradas mariposas, miriadas infinitas de chiquillas impúberes desnudas, deslumbradoras de frescura, transparentes como estatuas de alabastro. Venían, corrían, volaban hacia mí.

Yo me lancé al encuentro de mis sílfides; pero ellas huían riendo y jugueteando; sus grupos deliciosos se fundían un momento en el azul, y reaparecían más gozosas y radiantes; formaban como ramilletes hechiceros de figuras de encanto, que tenían todas para mí una risa placentera y una mirada alegre y maliciosa.

Poco a poco las jóvenes impúberes se fueron eclipsando y vi que se acercaban muchas mujeres en la edad del amor y la pasión.

Las unas eran vivas, animadas, de mirada de fuego, de pechos palpitantes; las otras, delicadas, pálidas, como las vírgenes de Osián. Sus cuerpos frágiles, voluptuosos, se dibujaban entre gasas; parecían desmayar de languidez; me abrían sus brazos, sin que los míos pudieran alcanzarlas.

Me agité, ardiendo de lujuria, en el lecho; me erguí sobre las piernas, sacudiendo

soberbiamente mi glorioso príapo. Hablé de amor, de goce, con las palabras más soeces; mis recuerdos clásicos se mezclaron a mis sueños; vi a Júpiter echando fuego y a Juno que acudía a empuñarle el rayo, y vi a todo el Olimpo en celo, en loca confusión y algarabía. Vi después una orgía, una bacanal del infierno. Era una caverna profunda y tenebrosa, alumbrada por pestilentes teas, cuyos resplandores rojizos, verdosos y azulados, caían sobre cien diablos espantosos, de formas de macho cabrío y de actitudes grotescamente lúbricas.

Unos, lanzándose desde la cuerda de un columpio, soberbiamente armados, caían sobre una mujer, la penetraban con su dardo y le causaban la horrible convulsión de un goce repentino. Otros, más retozones, echaban boca abajo a una vieja beata y, riendo locamente, a martillazos le hundían entre las nalgas un nervudo príapo. Y aún había algunos que, mecha en mano, ponían fuego a un cañón, del que salía un miembro espantoso, que recibía impertérrita, con los muslos abiertos, una frenética diablesa.

Los más traviesos de la tropa ataban por las manos y los pies a una furiosa mesalina, y ante ella se entregaban a todas las lascivias, a los placeres más desenfrenados. La desdichada se retorcía jadeante, echando espumarajos por la boca, ávida de un placer que no podía alcanzar.

Librodot

Aquí y allá, mil menudos diablillos, feos, saltarines, trepadores, iban, venían, chupaban, pellizcaban, mordían, bailaban, daban vueltas en corro. Todo eran risas, carcajadas, gritos, suspiros, desmayos, frenesíes de lujuria.

En un lugar más elevado, los diablos de mayor categoría entreteníanse jovialmente en parodiar los misterios de nuestra santa religión.

Una monja desnuda, arrodillada, con la mirada dulcemente perdida como en éxtasis, recibía con mística unción la blanca hostia que le ofrecía en la punta de su tremendo hisopo un gran diablo con báculo y con mitra episcopal caída sobre una oreja. Más allá, una diableja recibía a oleadas en la cabeza el bautismo de la vida, en tanto que otra, haciéndose la moribunda, era despachada con una horrenda profusión de santo viático.

Un señor diablo, llevado majestuosamente en andas, balanceaba orgulloso el enérgico signo de su goce eróticosatánico, y de vez en vez esparcía a chorros el licor bendito. Todos

se prosternaban a su paso. ¡Era la procesión del Santo Sacramento!

Pero, de pronto, suena una campanada, y al instante se juntan los diablos, se agarran por las manos formando un corro inmenso y empiezan a girar vertiginosamente. Sucumben los más débiles en el furioso galopar de aquél desenfrenado torbellino. Su caída da en tierra con los otros; es una horrible confusión, una atroz mescolanza de grotescos enlaces y apareamientos monstruosos; un caos inmundo de rendidos cuerpos, manchados de lujuria, que al fin viene a ocultar el velo de una fétida humareda.

Gamiani

Pintáis a maravilla, Alcides. Estaría muy bien en un libro vuestro ensueño.

Alcides

¿Qué queréis? De algún modo hay que pasar la noche... Escuchad: lo que sigue no es ya una fantasía, sino la realidad.

Después de aquello caí en un letargo. Cuando me recobré del acceso terrible y abrí los ojos vi a tres hermosas jóvenes, sin más ropaje que una blanca túnica, sentadas cerca de mi lecho. Pensé que me duraba el vértigo aún; pero enseguida me advirtieron de que el médico, comprendiendo mi mal, había determinado usar el remedio único que podía curarme.

Cogí primeramente una mano blanca y gordezuela y la cubrí de besos. Unos labios frescos y rojos posáronse en mi boca. Aquel contacto delicioso me electrizó; sentí todo el ardor de un rapto de demencia.

-¡Hermosas mías-clamé-, quiero gozar, gozar hasta el delirio, morir en vuestros brazos! ¡Prestaos a mi arrebato, a mi locura!

Y arrojando lejos de mí las ropas de la cama, me tendí en ella, con una almohada bajo los riñones. ¡Soberano y radiante alzábaseme el príapo!

-¡Tú, morena graciosa, la del pecho blanco y firme, siéntate al extremo del lecho, junta tus piernas con las mías!... ¡Así! ¡Lleva mis pies contra tu seno y rózalos pausadamente con esos lindos botones de amor! ¡Oh, qué delicia!

-¡Tú, dulce rubia de los azules ojos, ven a mí, a ser mi reina! ¡Colócate a caballo sobre

el trono, empuña el inflamado cetro y húndelo todo entero en tus dominios!... ¡Uf, no tan pronto! Espera... Ve despacio y cadenciosa como un jinete al trote corto, y prolonga el placer. -¡Y tú, tan mocetona, tan hermosa, la de la carne espléndida, la de soberbio cuerpo, abre tus muslos sobre mi cabeza!... ¡ábrelos más!... ¡Más aún! ¡Que mis ojos te vean, mi boca te devore, mi lengua te penetre a su sabor! ¿Qué haces así, derecha? Inclínate hacia mí para que pueda acariciarte el pecho.

E iba a inclinarse sobre mí la hermosa, cuando le gritó la morena:

-¡No; conmigo, conmigo!

Y le mostró su lengua ágil, aguda como un estilete veneciano.

-¡Ven, ven-siguió-para que yo me coma tus ojos y tu boca! ¡Así te quiero: ardiendo!... ¡Ponme aquí el dedo!... ¡Aquí!... ¡Ve despacio... despacio!...

Y las tres se movían, se agitaban y me excitaban al placer.

Yo miraba extasiado la viva lucha, los lascivos movimientos y las inverosímiles posturas. Los gritos, los suspiros se mezclaron; por mis entrañas corría fuego; todo mi ser se estre

mecía; mis dos manos palpaban dos manzanas de carne o iban frenéticas, crispadas, a buscar y tentar encantos más recónditos. Pronto las reemplazó mi boca: chupaba ávidamente, roía, mordía. Y al oír un grito para que detuviera mi hambre asesina, redoblaba el ansia.

Este exceso acabó conmigo. Mi cabeza cayó pesadamente.

-¡Basta, basta!-pedí.

Las tres hermosas perdieron a la vez el equilibrio y el sentido. Se desplomaron sobre mí agotadas, expirantes, y me sentí inundado.

Gamiani

¡Qué delicias habéis gustado, Alcides! ¡Os envidio!-¿Y tú, Fanny?... ¡Ah, la insensible! parece dormida.

Fanny

Dejadme, Gamiani; apartad esa mano que me agobia. Estoy rendida... Muerta... ¡Dios mío, qué noche!... Durmamos... Me...

La pobre niña bostezaba, se revolvía, se hacía un ovillo en un rincón del lecho.

Pretendí reanimarla.

-No, no-me dijo la condesa-. Comprendo lo que sucede. Yo, en cambio, tengo otro temperamento. Siento una irritación, un tormento, un afán... ¿Lo véis? ¡Desear, siempre desear hasta morir! Vuestros dos cuerpos que me rozan, vuestras historias, vuestro ardor, me excitan, me arrebatan. Tengo un infierno en la imaginación, un incendio en el cuerpo. No sé ya qué inventar para saciarme.

Alcides

¡Qué hacéis, Gamiani? ¿Os levantáis?

Gamiani

No puedo más, me abraso... Querría... ¡Sí, sí, agotadme aún más! ¡Estrujadme, golpeadme!... ¡Oh, no poder gozar!...

Rechinaban sus dientes, y sus ojos giraban, espantosos, en las órbitas; toda ella temblaba. Daba miedo verla.

Fanny se levantó sobrecogida. Yo pensé que Gamiani iba a caer con una convulsión. En vano la cubrí de besos sus partes más tiernas. Cansáronse mis manos de macerar a la implacable furia, cuyos canales espermáticos estaban agotados o cerrados. Llegué hasta hacer saltar la sangre sin lograr el espasmo.

Gamiani

Me voy... ¡Dormid!

Y diciendo esto se tiró de la cama, abrió una puerta y desapareció...

Alcides

¿Qué quiere? ¿A dónde va? ¿Lo adiviná is vos, Fanny?

Fanny

¡Silencio, oíd!... ¡Qué gritos!... ¡Va a matarse!... ¡Dios mío, la puerta está cerrada!... ¡Oh! Se ha metido en la alcoba de Julia. Esperad: allá arriba hay un hueco con una vidriera; podremos verlo todo. Acercad el sofá y coloquemos encima estas dos sillas.

Nos subimos en ellas. ¡Qué espectáculo, santo Dios! A la luz mortecina de una lámpara, la condesa, con los ojos desencajados, espumeante la boca, los muslos llenos de esperma y de sangre, se revolcaba jadeando sobre un tapiz hecho de piel de gato; se restregaba los riñones por el tapiz con una rapidez inconcebible; algunas veces sacudía las piernas en el aire y se sostenía casi recta sobre la cabeza en una inverosímil cabriola, para caer nuevamente, riendo con espantosas carcajadas.

Gamiani

¡Julia, ven! ¡Ven! ¡Voy a volverme loca!... ¡Ven mujer del demonio! ¡Quiero morderte!

Y Julia, desnuda como la condesa, pero fuerte, pujante, cogiendo las dos manos de su ama, se las ató, y le ató luego los pies, de modo que apenas si podía volverse.

La lascivia llegó entonces al colmo; las convulsiones de Gamiani me espantaban. Julia, sin demostrar sorpresa alguna, danzaba, saltaba como una posesa, se excitaba al placer y al fin caía rendida en un sillón.

La condesa seguía con la mirada todos sus movimientos. Su impotencia para intentar

idénticos transportes y gustar la misma embriaguez, redoblaba su furia: era un Prometeo hembra, desgarrada por cien buitres a la vez.

Gamiani

¡Me doro! ¡Aquí, me doro!

A esta llamada, un enorme perrazo salió de su escondrijo, lanzóse sobre la condesa y se puso a lamerle ávidamente el clítoris, cuya punta surgía inflamada y roja.

La condesa exhalaba agudos ayes forzando el tono en proporción de la intensidad del placer. Se abría podido calcular y medir las gradaciones de los cosquilleos que estremecían el cuerpo de la desenfrenada Calimanta.

De pronto, gritó: -¡Leche! ¡Leche! ¡Leche!

No acertaba yo a adivinar lo que quería decir aquella exclamación, verdadero grito de angustia y de desmayo, cuando vi a Julia reaparecer armada de un gran miembro varonil, portentosamente imitado y lleno de caliente leche que, al oprimir la doncella un resorte, saltaba hasta diez pasos. Con dos correas se adaptó el lúbrico aparato al sitio conveniente. El garañón mejor provisto, en todo el ímpetu de su poder de macho, no abría podido ostentar tal grandeza, o, por lo menos, tal grosor. Nunca llegué a pensar que la imponente máquina lograse penetrar el cuerpo de Gamiani. Pero, ¡Oh sorpresa!, cinco o seis ataques de una desaforada intensidad, acompañada de delirantes gritos, bastaron para sepultar, para enterrar el formidable príapo. Se hubiera dicho que la condesa era viviente representación de la Casandra de Casani.

Las dos mujeres se entregaron a un acompasado vaivén, ejecutado con habilidad maestra. De pronto, el can, libre ya y siempre dócil a su lección, tiróse sobre Julia, cuyas caderas entreabiertas y oscilantes dejaban ver el más dulce regalo. Tanto y tan bien obró Medoro, que Julia se detuvo de repente y se quedó rendida de placer.

Irritada por esta detención, que acrecentaba su dolor y difería su goce, la infeliz condesa juraba y maldecía fuera de sí.

Vuelta al sentido la doncella, recomenzó con más vigor que nunca. Por una sacudida violenta de su ama, por sus ojos cerrados, por su aliento anhelante, comprendió que el momento supremo se acercaba. Sus dedos oprimieron el resorte.

Gamiani

¡Ah!... ¡Para!... ¡Basta!... ¡Me deshago!... ¡Por fin!... ¡Ay!

¡Lujuria del infierno!... Yo no había tenido el valor de abandonar mi observatorio. Sentía perdida la razón, fascinados los ojos. Aquellos arrebatos furibundos, aquellos éxtasis brutales me lanzaron a un vértigo: ya no había en mí más que sangre incendiada, revuelta, atropellada, y lujuria y violencia y desenfreno. Estaba bestialmente furioso de amor. El semblante de

Fanny también se había mudado por completo. Sus pupilas inmóviles se clavaban en mí; sus brazos rígidos se me tendían ansiosos; sus labios entreabiertos, sus dientes apretados, indicaban toda la espera de una sensualidad delirante, que toca el paroxismo del ansia del placer y pide la locura.

Apenas llegados al borde del lecho, nos lanzamos de un salto uno contra otro, como fieras encarnizadas. Nuestros dos cuerpos se oprimían, se rozaban, se electrizaban. Entre convulsivos abrazos, hirientes gritos y mordiscos frenéticos, tuvimos un odioso apareamiento; apareamiento de la carne y de los huesos, goce de brutos, rápido, abrasador, en que nuestra naturaleza, en lugar de semilla, daba sangre. El sueño apagó al fin todos estos furores.

Después de cinco horas de bienhechora calma, desperté yo el primero.

Ya el sol brillaba en todo su fulgor. Sus rayos traspasaban alegremente las cortinas y jugueteaban en dorados reflejos sobre los tapices magníficos y las joyantes sedas de la alcoba. Este encantador despertar, coloreado, poético, después de aquella noche inmunda, me devolvió el sentido de mí mismo. Me pareció que había salido de una pesadilla espantosa y que tenía junto a mí, entre mis brazos, bajo mi mano, un seno dulcemente conmovido, seno de lirios y de rosas, tan joven y tan frágil y tan puro, que solo con poner en él los labios se debería sentir temor de que se marchitara. ¡Oh, qué deliciosa criatura! Fanny, dormida, semi-desnuda sobre el revuelto lecho, convertía en realidad los más bellos ideales. Graciosamente reposaba la cabeza sobre el curvado brazo; su perfil se acusaba suave y casto como en un lienzo de Rafael; su cuerpo, en cada uno de los rosados miembros y en el armonioso conjunto, era de una belleza prestigiosa.

Era una voluptuosidad incomparable deleitar a placer la vista en tantas gracias, y al mismo tiempo daba compasión pensar que aquella noche de impureza había bastado para agostar la virgen de quince primaveras. Frescura, gracia, juventud, todo lo había destrozado la orgía. El alma tierna y cándida, el alma hasta entonces mecida dulcemente por la mano de un ángel, estaba ya entregada para siempre al demonio de la concupiscencia; sin ilusiones, sin ensueños, sin un primer amor... ¡Todo perdido! ¡Todo!

La pobre niña despertó sonriente. Creía encontrar su amanecer acostumbrado, sus dulces pensamientos, su inocencia... Pero, ¡ay!, me vio. Aquel no era su lecho ni aquella era su alcoba. Su dolor partía el corazón. La ahogaba el llanto. Yo la miraba conmovido, avergonzado. La tenía entre mis brazos. Sorbía cada una de sus lágrimas como un néctar de amor.

Ya no hablaba la carne; mi alma se derramaba toda entera y mi pasión se reflejaba, viva, ardiendo, en mi lenguaje y en mis ojos.

Fanny me oía muda, extasiada; respiraba mi aliento y mi mirada e iba estrechándose contra mí poco a poco y parecía como si dijera: - ¡Sí, tuya! ¡Siempre tuya! ¡Tuya entera!-Como había entregado su cuerpo, crédula e inocente, daba su alma, confiada, subyugada. Y yo la cogí de sus labios en un beso, a cambio de la mía.

Al fin nos levantamos. Aún quise ver a la condesa. La vi. La vi tumbada innoblemente, con la cara contraída y el cuerpo sucio y fofo como el de una borracha que rueda en cueros por cualquier rincón. Estaba doblada, encogida: parecía que incubaba su lujuria.

-¡Vámonos!-exclamé-. ¡Vámonos de aquí, Fanny! ¡Vámonos pronto de esta casa maldita!

SEGUNDA PARTE

Yo pensaba que Fanny, joven como era e inocente en el fondo, no guardaría de la condesa más que un recuerdo de horror y repugnancia. La colmé de amor y ternura, le prodigué las caricias más dulces y enervantes, y tenía la esperanza de que jamás sentiría otra pasión que la que inspira la Naturaleza: la que confunde a los dos sexos en el goce normal del alma y los sentidos.

¡Ay!, me engañaba; estaba su imaginación herida para siempre; su fantasía iba más allá de todos los placeres que sentíamos; nada podía igualar en la mente de Fanny a los transportes de su amiga: nuestros mayores arrebatos le parecían desmayadas caricias comparados con los que conoció en aquella noche horrenda.

Me había jurado no ver más a Gamiani; pero su juramento no extinguía el ansia que en secreto sentía. Luchaba en vano; el combate interior sólo servía para excitarla más. Bien pronto comprendí que no resistiría. Acabé por desconfiar de ella atrozmente y por apelar al recurso de espiarla.

Valiéndome de un agujero hábilmente practicado en el tabique de la alcoba, todas las noches la observaba al acostarme. ¡Pobre criatura! Muchas veces la vi echarse llorando en un diván, y retorcerse y revolcarse desesperadamente y, de pronto, quitarse las ropas a puñados, rasgarlas y tirarlas y ponerse desnuda ante el espejo, con la vista extraviada, lo mismo que una loca. Palpábase, golpeábase, se excitaba al placer con insensato y brutal frenesí. Yo no podía calmarla; pero quería ver hasta dónde llegaba aquel delirio de la carne.

Hallábame una noche en mi obsevatorio e iba a acostarse fanny, cuando la oí que decía: - ¿Quién anda ahí? ¿Sois vos, Angélica?...

¡Oh! ¡¡Es Gamiani!!... señora, no podía figurarme...

Gamiani

¡Claro es! Me huís, me rechazáis, y he tenido que recurrir a la astucia. Engañe y aleje a vuestros criados, ya aquí estoy.

Fanny

No acierto a comprenderos, y menos todavía a calificar vuestro tesón; si he guardado el secreto de lo pasado entre nosotras, mi negativa resuelta a recibiros debió bastar para que comprendieseis que vuestra presencia es para mí inoportuna... odiosa. ¡Sí; os rechazo... y os odio!... ¡Dejadme, por piedad!... ¡Marchaos, evitad un escándalo!

Gamiani

Tengo tomadas mis medidas y mi resolución, y no seréis vos quien las cambie. ¡Fanny, no puedo más! ¡No puedo aguantar más!

Fanny

Pero, ¿qué pretendéis? ¿Qué queréis? ¿Forzarme una vez más, violentarme, mancharme? ¡Ah, no, eso no! Os iréis o llamaré a mis criados.

Gamiani

¡Inocente! Estamos solas; he cerrado las puertas y he tirado las llaves por la ventana. ¡Eres mía! Pero cálmate; no temas.

Fanny

¡Por Dios! ¡No me toquéis!

Gamiani

Fanny, es inútil que te resistas. Sucumbirás al fin. Soy la más fuerte, y la pasión me hace más fuerte aún. ¡Ni un hombre me podría vencer! ¿Qué es eso?... ¿Tiemblas? ¿Palideces?... ¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal? ¡Oh! ¿Qué he hecho?... ¡Vuelve en ti, vuelve en ti! Si te aprieto así, es porque te amo. ¡Te amo tanto!... ¡vamos, yo no soy mala, juguetillo mío, hijita mía! ¡No; soy buena, muy buena! ¡Léelo en mis ojos, óyelo en los latidos de mi corazón! Todo es por ti y es para ti. No quiero más que tu alegría, verte en mis brazos desmayada de amor. ¡Vuelve en ti, vuelve en ti con mis besos! ¡Estoy loca! ¡Te adoro!

Fanny

Acabaréis por matarme. ¡Dios mío! ¡Dejadme! ¡Dejadme ya! ¡Me dais horror! Gamiani

¡Horror! ¡Horror! ¿Por qué? ¿No soy todavía joven? ¿No soy todavía hermosa? En todas partes me lo llaman. ¿Mi corazón no es aún capaz de amar? El fuego que me abrasa, que me consume, este fuego de Italia que redobla mis ímpetus, ¿es una cosa horrible? ¿Qué es un hombre, un amante, comparado conmigo? Dos o tres combates lo agotan, lo aniquilan: al cuarto, cae rendido y sus ijares se aflojan impotentes en el espasmo del placer. ¡Da compasión! ¡Yo, en cambio, me mantengo siempre fuerte, frenética, insaciable! ¡Sí! ¡Yo personifico los ardientes deseos de la materia, los devoradores deleites de la carne! Ardiente, inagotable, doy un placer sin fin. ¡Soy el amor que mata!

Fanny

¡Basta, Gamiani, basta! Gamiani

¡No, no! ¡Escúchame, Fanny; óyeme más aún! Verse desnudas, sentirse jóvenes y hermosas, suaves y perfumadas, y temblar de pasión y de delicia; tocarse, confundirse, darse el cuerpo y el alma en un suspiro, en un grito de amor... ¡Eso, Fanny, es el cielo!

Fanny

¡Qué voz! ¡Qué ojos! ¡Y os escucho y os miro!... ¡Tened piedad de mí! No puedo defenderme. Me fascináis... ¿Qué poder es el tuyo? ¡Te metes en mi carne, te metes en mis huesos, como un veneno! ¡Oh! ¡Eres horrible y... te amo!

Gamiani

«¡Te amo!», «¡Te amo!». Dilo otra vez, repítelo mil veces.

Gamiani estaba inmóvil, pálida, con los ojos tremendamente abiertos, con las manos unidas, implorantes, echada de rodillas ante su Fanny. Se diría que la cólera de Dios la había herido de súbito, convirtiéndola en mármol. Era sublime en su éxtasis y en su abandonamiento.

Fanny

¡Sí! ¡Sí! ¡Te amo con todos mis sentidos! ¡Te quiero, te deseo! ¡Me harás enloquecer!

Gamiani

¿Qué dices, amor mío, qué dices? ¡Al cabo soy feliz! Tus cabellos de oro resbalan en mis dedos con su finura y suavidad como de seda. Tu purísima frente es blanca como un lirio. Toda eres blanca, satinada aromada. Toda eres celestial. ¡Eres un ángel, y eres la lujuria! Desanuda esos lazos que te oprimen.

¡Desnúdate, desnúdate, para ser pronto mía! Ya estoy desnuda yo... ¡Así!... Me deslumbras, me ciegas. Quédate en pie para que yo te admire. Si pudiera pintarte, copiar tu cuerpo con un solo trazo... ¡Espera, espera que te bese esos pies, esas rodillas, ese pecho, esa boca! Bésame tu también, apriétame, más fuerte. ¡Más fuerte! ¡Dame tu carne entera! ¡Qué alegría!

Sus cuerpos no formaban más que uno. Unicamente las cabezas estaban separadas, y ambas mujeres se miraban en éxtasis. Los ojos centelleaban y las mejillas eran de color de llama. Las bocas temblorosas reían o se juntaban en un beso. Oí un suspiro y en seguida otro que le respondía; luego un grito apagado, y las dos hembras se quedaron inmóviles.

Fanny

¡Cuánto he gozado, cuánto! Gamiani

Yo también, gloria mía, de un modo que hasta ahora no conocí jamás. Bebía en tus labios juntamente alma y vida. ¡Ven a tu cama, ven a pasar la noche entera embriagada de amor!

Así diciendo, las dos se empujan mutua y dulcemente hacia la alcoba. Fanny se lanza al lecho, se tiende en él y ondula y se repliega con el desmayo perezoso de una gatita en celo. Gamiani, de rodillas en la alfombra, la atrae junto a su pecho, la rodea con sus brazos y la contempla en lánguido abandono...

Bien pronto se reanudan las caricias, se responden los besos y las ágiles manos buscan, sabias, los lúbricos contactos. En el rostro de Fanny se adivinan el deseo y la ansiosa espera; en el de la condesa, el arrebato de su furia carnal. Arreboladas, sacudidas por el aguijón del placer, me parecía como que los dos cuerpos lanzaban chispas; las delirantes tríbadas, en fuerza de frenética pasión, poetizaban en cierto modo su extravío.

En vano quise razonar y en vano condenaba la abyección de aquel absurdo e insensato deleite; me sentí trastornado, enardecido, poseído de lujuria. En la imposibilidad de ir a arrojarme sobre las dos hembras desnudas, era como una fiera en celo que jadea viendo a la hembra a través de los hierros de la jaula. Permanecía estúpidamente inmóvil, con el ojo pegado al agujero por donde, si vale la imagen, aspiraba mi tormento: verdadero tormento del infierno, atroz, insoportable, que primero nos hiere en la sien como un mazazo y después corre por la sangre y se infiltra en los huesos y llega hasta la médula y la abrasa. Pensaba que mis nervios acabarían por saltar. las uñas de mis dedos se hundían en la pared. No respiraba, echaba espumarajos por la boca. Sufrí un acceso de locura furiosa y, enarbolando rabiosamente mi virilidad, sentí toda mi fuerza masculina agitarse vibrante entre mis puños, palpitar briosamente y escaparse y saltar en un chorreón hirviente, como rocío de fuego. ¡Deleite súbito y terrible que enerva y que aniquila, y que tira a un hombre por tierra como muerto!

Vuelto en mí, me sentí todo aturdido. No podía alzar los párpados, y la cabeza apenas se me tenía sobre los hombros. Quise alejarme, y un suspiro de Fanny me detuvo. Me había clavado allí el demonio de la carne. Mientras las manos se cansaban vanamente en reanimar la potencia extinguida, los ojos seguían ávidos la escena que me había puesto en tal estado.

Habían cambiado las posturas: ambas tríbadas, a horcajadas una sobre otra, mezclaban el tupido vello de sus órganos en un roce frenético, y las dos se atacaban y retorcían con un vigor que sólo el ansia del placer puede prestar a las mujeres. Habríase dicho que querían abrirse, destrozarse, meterse la una en la otra; tan grande era su esfuerzo, tan agitada su respiración. -¡Ya!... ¡Ya!-gritaba Fanny-. ¡No puedo más! ¡Me muero!... ¡Sigue tú sola, sigue! -¡No; tú también-respondía la condesa-. ¡Ya se acerca el placer! ¡Muévete! ¡Empuja! ¡Empuja! ¡Ah!... ¡Ya lo siento, me deshago!... ¡Ah, ah, ah!...- La cabeza de Fanny cayó sin fuerzas. Gamiani sacudía la suya, mordía las sábanas, mascaba los cabellos flotantes de su amada. Yo seguía sus transportes, sus gritos, sus suspiros, y llegué al fin, como ella, al delirio de la voluptuosidad.

Fanny

¡Qué fatiga! Estoy destrozada; pero, ¡qué placer he sentido!

Gamiani

Cuanto más largo y más penoso es el esfuerzo, también el goce es más vivo y más grande.

Fanny

Así lo acabo de experimentar. Más de cinco minutos he pasado en un vértigo indecible: todo mi ser se estremecía y vibraba; el roce de tu vello fino y suave contra la piel, me producía una comezón devoradora. ¡Oh locura!! ¡Oh delicia! ¡Gozar! ahora comprendo esa palabra. Una cosa me admira, Gamiani. ¿Cómo, siendo tan joven, has llegado a tener esta experiencia soberana? Yo nunca habría podido adivinar todos estos placeres. ¿Dónde aprendiste tu sabiduría? ¿De dónde viene esa pasión que me confunde y que a veces me espanta? La Naturaleza no inspira esas cosas.

Gamiani

¿Quieres conocerme? Pues oye: enlázate a mis brazos, crucemos nuestras piernas,

apretémonos la una contra la otra. Te voy a relatar mi vida en el convento. Es una historia que podrá enardecernos y darnos nuevos ímpetus.

Fanny

Te oigo, Gamiani

Gamiani

Recordarás el suplicio espantoso que me infligió mi tía para satisfacción de su lujuria. No bien pude medir todo el horror de su infame conducta, me apoderé de los papeles que me garantizaban mi caudal, cogí también unas alhajas y algún dinero y, aprovechando una ausencia de mi honrada pariente, fui a buscar refugio en el convento de las hermanas de la Redención. La superiora, sin duda conmovida por mi juventud y por mi aspecto tímido, me dispensó la acogida más propia para disipar mi temor y cortedad.

Le referí lo que me había ocurrido y le pedí asilo y amparo. Tendióme ella los brazos, me oprimió en ellos cariñosamente y me llamó hija suya. Luego me habló del retiro tranquilo y dulce del convento, insistió en avivar mi asco a los hombres y terminó con una exhortación piadosa, que me sonó como una voz del cielo. Para hacer menos duro mi paso repentino del mundo al claustro, se decidió que no me separase de la superiora y que me acostar en su celda. A la segunda noche nos pusimos a hablar familiarmente de los peligros de la vida mundana. Mi compañera se revolvía sin cesar en el lecho; quejábase del frío y al fin me suplicó que dejase mi cama y me fuese a la suya, a ver si así le daba algún calor.

La hallé desnuda por completo.

-Se duerme mejor sin camisa-dijo-, y me instó a que a mi vez me la quitara.

Hícelo yo por complacerla, y entonces, colocándome una mano sobre el pecho, exclamó ella:

-¡Oh, hija mía, estás ardiendo! ¡Qué piel tan suave! ¡Bárbaros! ¡Atreverse a martirizarte de ese modo! ¡Lo que has debido sufrir! Cuéntame, cuéntame todo lo que te hicieron. ¿Te pegaron también?

Yo repetí mi historia con todos sus detalles, insistiendo en aquellos que parecían interesarla más. Tan vivo era el afán con que me oía, que le causaba atroces estremecimientos. -¡Pobre criatura!, pobre criatura!- repetía, estrujándome con todas sus fuerzas. Insensiblemente, me hallé tendida encima de ella. Me había cruzado las pantorrillas sobre los riñones y me tenía sujeta entre sus brazos. Un calor suave y penetrante se esparcía por todo mi ser; experimentaba un extraño bienestar, una sensación deliciosa que impregnaba mis huesos y mi carne en una exudación de amor, tibia como la leche.

-¡Qué buena sois, qué buena!-dije a la superiora- ¡Os quiero mucho y me siento feliz al lado vuestro;por nada de este mundo consentiría en dejaros!

Mis labios se pegaban a los suyos y repetían ardientemente:

-¡Oh, sí! ¡Os quiero con toda mi alma! No sé qué es... pero siento...

La mano de la superiora me acariciaba con amorosa lentitud; su cuerpo se movía levemente bajo el mío; su vello, espeso y áspero, se entremezclaba con mi vello, me punzaba en lo vivo y me producía unas diabólicas cosquillas; todo mi organismo temblaba en indecible espasmo. Al sentir un beso estruendoso de la monja me detuve de súbito.

-¡Dios mío!exclamé-.¡Esperaos!

-Jamás siguió un rocío más delicioso y abundante a un combate de amor.

Pasado el éxtasis, lejos de quedarme rendida, me eché de la mejor gana del mundo sobre mi sabia compañera y la estrujé a caricias. Cogí su mano y me la coloqué en las mismas partes que ella tan hábilmente había irritado. La superiora, viéndome de aquel modo, se olvidó de sí misma, enajenada, arrebatada, loca de lujuria como una bacante. Ambas rivalizabamos en el ardor, en los mordiscos, en los besos... ¡Qué agilidad, qué flexibilidad tenía aquella mujer! Su cuerpo se agitaba, se extendía y se enroscaba, robándome el sentido. Yo estaba anonadada; apenas me dejaba tiempo para pagar con un beso siquiera la lluvia de ellos que me caía de la cabeza hasta los pies. Sentía como que me comía, como que estaba devorándome por mil sitios distintos. Su increíble actividad para el contacto lúbrico me puso en un estado que no te sé pintar. ¡Ah, Fanny, si tú hubieras presenciado nuestro combate y nuestros arrebatos; si nos hubieras visto furibundas, jadeantes, habrías sabido hasta dónde

llega el imperio del deseo en dos mujeres que se adoran! De pronto, mi cabeza se encontró presa entre los muslos de mi luchadora. Adiviné su afán, y comencé a mordisquearle las partes más sensibles; pero era torpe, inhábil; entonces ella, en una inolvidable y suprema lección de liviandad, tira de mí, se desliza y resbala bajo mi cuerpo y, separándome sutilmente las piernas, me ataca con la boca. Siento el picor de su lengua ágil y puntiagudo, que me

Librodot

sondea tal como un estilete rápidamente hundido y retirado; sus dientes se me clavan, prontos a desgarrarme... Retorciéndome como una condenada, cogí a la superiora por los cabellos y le alcé la cabeza. Entonces ella, suelta ya la presa, me rozaba con lentitud, me inyectaba su saliva, me lamía dulcemente o me mordía el vello y la carne con un refinamiento tan sensual que su solo recuerdo me estremece aún. Aullaba delirante, me desplomaba aniquilada o me erguía ardiendo, y siempre aquella lengua sabia, certera y rápida, me dominaba, me alcanzaba o me hería. Dos labios finos y fortísimos cogían mi clítoris y lo oprimían hasta arrancarme el alma. ¡No, Fanny; es imposible gozar así más de una vez en este mundo! ¡Qué tensión en los nervios! ¡Qué latido en las venas! ¡Qué incendio en la sangre! Hervía, me deshacía y sentía la boca ávida, insaciable, bebiéndose la última esencia de mi vida. Bien puedes creerme: me quedé exhausta, seca; cuando habría debido quedarme inundada de sangre y de licor vital. Pero, ¡qué feliz fui!... ¡Fanny, no puedo más! Cuando hablo de aquel goce, creo sentir aún su palpitación devoradora. ¡Tómame! ¡Mátame!... ¡Más aprisa!... ¡Más fuerte!... ¡Basta... basta! ¡Ah! ¡Me muero!

Fanny se aferraba a su presa como una loba hambrienta.

-¡Basta,basta!-le repetía Gamiani-. ¡Vas a matarme, endiablada chiquilla! Te creía menos hábil, menos apasionada. Veo que progresas;te contagia mi fuego.

Fanny

¿Podría ser de otro modo? Sería preciso no tener sangre ni vida para permanecer insensible a tu lado.-¿Qué hiciste luego?

Gamiani

Más diestra ya, devolví con usura sus caricias a mi adorable compañera. Abandonamos en adelante todo recato y todo miramiento, y pronto supe que las hermanas de la Redención se entregaban a todos los desórdenes y tenían un lugar secreto de reunión y de orgía para solazarse a sus anchas. Aquel sábado infame empezaba a la hora de completas y no acababa hasta la de maitines.

La superiora me expuso luego su filosofía, que me espantó hasta el punto de ver en aquella mujer la encarnación del diablo. Tranquilizóme echando a broma mis repulgos, y me divirtió

grandemente contándome la pérdida de su virginidad. Jamás podrías imaginar a quién fue dado el precioso tesoro. La historia es rara y vale la pena de que la conozcas.

La superiora, a quien llamaré Santa, era hija de un capitán mercante. Su madre, una mujer honesta y de buen juicio, la había educado en los más sanos principios religiosos, lo que no fue bastante a impedir que el temperamento exaltado de la joven se desarrollara más que precozmente. Desde los doce años sentía deseos irrefrenables, que procuraba satisfacer por cuantos medios le sugerís su fantasía inexperta. La desdichada se destrozaba y consumía noche tras noche: sus dedos, no bastantes a saciar sus afanes, le iban robando y agostando lozanía y salud. Un día vio que dos perros se apareaban. Su curiosidad lúbrica observó el mecanismo y la acción de los dos sexos, y comprendió lo que necesitaba. Esta enseñanza puso fin a su suplicio. Viviendo en una casa solitaria, entre criadas viejas y vigilantes, sin ver jamás a un hombre, ¿podría nunca encontrar una animada flecha, tan roja y vigorosa cual la que lucía el can y era regalo de la feliz hembra? ¿Podría esperar el suspirado goce de algún maravilloso objeto semejante, que existiría de fijo para satisfacción de la mujer? Cavilando a más y mejor, cayó en la cuenta la ninfómana de que, entre todos los animales, es el mono el que más parecido tiene con el hombre. Precisamente poseía su padre un magnífico orangután. Corrió anhelante a verlo y a estudiarlo y, como se pasase un largo rato examinándolo, el animal, excitado sin duda por la presencia de la muchacha, acabó por mostrarse en la más tentadora y deslumbrante masculinidad. Al fin topaba Santa con lo que cada día buscaba, con lo que era su sueño cada noche. Se le aparecía el ideal, vivo y tangible. Para colmo de dicha, el inestimable tesoro se erguía más firme, más enhiesto y pujante de cuanto ella pudiera ambicionar. Los ojos del orangután la devoraban. El animal se adelantó, se agarró a los barrotes de la jaula y se estremeció con tal ímpetu y tal arte que al fin Santa supo lo que hacía. Arrebatada por su afán, separó un hierro con increíble fuerza y dejó libre el espacio preciso para que la rijosa bestia se aprovechase a su gusto y antojo. Ocho buenas pulgadas, acaso más que menos, se mostraron, potentes y encendidas. Tanta riqueza asustó al pronto a la ansiosa doncella;pero de nuevo la tentó el demonio, y se acercó, miró, palpó y acarició. El simio se entregó al más loco regocijo; amenazaba con romper su encierro y era horrible su mueca. Santa, espantada, creyó tener delante a Satanás. El miedo la detuvo. Iba a alejarse, cuando una mirada última al deslumbrante imán la sacudió otra vez. Recobró el ánimo, levantóse las faldas y avanzó bravamente hacia la lanza temible y agudísima. Entáblase la lucha, los golpes se suceden, la puntería es certera y el bruto iguala al hombre. Santa es bestializada, desdoncellada y orangutanada. Su goce estalla en una escala de «¡Ohs!» y de

Librodot

«¡Ahs!» tan alta y tan sonora, que la madre la oye, se asusta, acude y se topa a la hija lindamente ensartada por el bicho, suspirando, culeando y escupiendo el alma.

Fanny

¡La farsa es impagable!

Gamiani

Para curar a la pobre muchacha de su pasión siniestra, se la llevó al convento.

Fanny

¡Más le hubiera valido que la dejaran entregada a todos los orangutanes de este mundo!

Gamiani

Ahora verás si te sobra razón para decirlo. Como mi temperamento se avenía bien con todo lo que fuera sensualidad, consentí alegremente en ser iniciada en los misterios de las saturnales monásticas. Se acordó mi admisión, y a los dos días fui presentada en el capítulo. Llegué desnuda, como era de ritual. Presté el juramento exigido y, para terminar la ceremonia, me prostituí valientemente con un enorme príapo de madera destinado a este efecto. No había acabado apenas la dolorosa consagración, cuando el tropel de hermanas se arrojó sobre mí, más ávido y ansioso que una horda de caníbales. Me presté a todos sus deseos, adopté las posturas más torpemente obscenas, bailé una danza de lujuria de frenética y quedé al fin recibida en el rito. Estaba extenuada. Una monjita vivaracha y graciosa, más incitante que la superiora, me condujo a su celda. Era la más endemoniada tríbada que el infierno pudo engendrar; sentí por ella una irresistible pasión y casi siempre fue mi compañera en las orgías nocturnas.

Fanny

¿En dónde celebrabais vuestras lupercales?

Gamiani

En un salón que el arte y la perversidad habían embellecido. Dábanle acceso dos puertas altísimas, ocultas a usanza oriental por soberbios tapices bordados con fantásticos dibujos y guarnecidos de galones de oro. Las paredes estaban recubiertas de terciopelo azul oscuro, encuadrado en listones de limonero bellamente tallados. Rompiendo esta decoración, dos enormes espejos, colocados el uno frente al otro, copiaban hasta el infinito en sus lunas perversas los deliciosos grupos de las desnudas monjas. Grandes cojines y amplios divanes ofrecían su blandura a los combates de delirante amor. En la recia alfombra de felpa suavísima veíanse representadas, con sorprendente magia de colores, veinte parejas lúbricas cuyas actitudes lascivas eran capaces de reanimar los más muertos deseos. Las pinturas del techo ofrecían también a los ojos brillantes de desenfreno y de depravación: nunca podré olvidar a una ardiente bacante que se entregaba a un sátiro: ni una vez sola miré aquel cuadro sin que al momento me incitara al placer.

Fanny

Todo debía de ser maravilloso.

Gamiani

Une a aquel lujo de decoraciones la embriaguez del perfume de las flores, una temperatura siempre tibia y una luz suave y misteriosa que se escapaba de seis lámparas de alabastro, con la dulzura de un reflejo de ópalo. Todo causaba un vago encantamiento de deseo inquieto y de ensueño sensual. Era aquello el Oriente, con su lujo, su poesía y su lánguido desmayo; era el misterio del harén con sus secretos goces y, sobre todo, con su inefable perezoso abandono. Por mucho que te diga, no te lo sé pintar.

Fanny

¡Qué delicia sería pasar allí las noches de embriaguez junto al objeto amado!

Gamiani

El mismo Amor habría elegido aquel lugar por templo si la ruidosa y repugnante orgía no lo cambiara en una inmunda zahurda.

Fanny

¿Por qué?

Gamiani

Al sonar la media noche entraban las hermanas, sin más ropaje que una túnica negra que hiciera resaltar lo blanco de las carnes. Todas iban descalzas y con las cabelleras desatadas. Al punto aparecía una espléndida comida, como por arte mágico. La superiora daba la señal y empezaba el festín: los exquisitos platos y los cálidos vinos irritantes eran consumidos con ansiosa gula; aquellos rostros femeninos ajados por el vicio, yertos y pálidos a la luz del día, se iban coloreando y encendiendo; los báquicos vapores y las afrodisíacas salsas ponían fuego en las venas y trastornaban los cerebros; la conversación se animaba hasta llegar a un atroz guirigay de voces indecentes, torpes requiebros y risas y canciones mezcladas al chocar de vasos y botellas. La más ardiente o la más ebria de las monjas caía de pronto sobre su vecina, dándole un beso arrebatado que electrizaba a toda la asamblea. Las parejas se unían y se enroscaban y se agitaban en fogosos abrazos. Después se oían suspiros sofocados, gritos de exaltación o ayes de abatimiento. Bien pronto las mejillas, las bocas y los senos no eran campo bastante a las frenéticas caricias: las malditas de Dios alzábanse las túnicas o las tiraban lejos de sí, y entonces era un cuadro incomparable el de los cuerpos femeninos desnudos, esbeltos y rosados, enlazados el uno con el otro en sacudidas impetuosas o lentas, de una indecible voluptuosidad. Cuando el exceso de placer rendía a dos tríbadas, se separaban un instante para tomar aliento y se quedaban contemplándose con ojos centelleantes, rivalizando a ver cuál adoptaba la actitud más tentadora y lúbrica; la que triunfaba por sus gestos y su gachonería veía de pronto a su rival lanzarse hacia ella, echarla al suelo, sofocarla a besos, y devorarle el recóndito nido de amor y de placer colocándose siempre de manera que ella también gozara de idénticas delicias: la cabeza de la una se ocultaba entre los muslos

de la otra, y las dos hembras eran un solo cuerpo retorcido y atormentado convulsivamente, del que salía un sordo estertor, cambiado al fin en doble grito de alegría.

-¡Están gozando! ¡Están gozando!-decían a coro, viéndolas, las insaciables monjas-. Y se acometían, se atacaban, se enlazaban más furiosamente aún, como fieras lanzadas a luchar en la arena del circo. Ansiosas de gozar ellas también, soltábanse, saltaban, se empujaban, caían por tierra en revuelto montón, hartas de lujuria y de orgía: grotesta mezcla de mujeres desnudas, rendidas, expirantes, a quienes muchas veces sorprendía así la luz de la mañana.

Fanny

¡Cuántas locuras!

Gamiani

Pues no acababan ahí: variaban hasta lo infinito. La privación del hombre aguzaba nuestro ingenio y nos hacía inventar los más raros recursos. Todas las poesías priápicas, todas las historias obscenas de los tiempos antiguos y modernos nos eran conocidas y a todas las sobrepujaba nuestra insaciable perversión. Elefantis y el Aretino tuvieron menos inventiva. Serían muy largos de enumerar nuestros artificios, nuestras tretas, nuestros filtros maravillosos para reanimar los sentidos y despertar los deseos y saciarlos. De ello podrás juzgar por una de las prácticas empleadas cuando alguna hermana quería que se aguijoneara su cansada carne. Primeramente, para darle vigor y resistencia, se la metía en un baño de sangre tibia. Se le daba después un conocimiento de cantáridas, se la tendía en la cama y se le friccionaba todo el cuerpo. Valiéndose del magnetismo, se procuraba adormecerla y, así que el sueño la rendía, se la azotaba, se la pinchaba, se la torturaba hasta romper la piel. Aquel suplicio la volvía a la vida y la infeliz despertaba extraviada, como loca, mirándonos con ojos espantados, y caía en fieras convulsiones. Apenas si seis monjas la podían sujetar. Tan sólo el lameteo de un perro era remedio suficiente a calmarla, y entonces su furor se desahogaba a oleadas. Pero cuando ni tal recurso era bastante, la desdichada se enardecía más aún y pedía a gritos que le diesen un asno.

Fanny

¡Jesús! ¿Un asno?

Gamiani

Sí, tontilla mía, un asno. Teníamos dos diestros y muy dóciles. No queríamos ser menos que las matronas romanas, que se servían de ellos en sus saturnales.

La vez primera que me sometí yo a tal prueba, estaba en el delirio de la embriaguez. Echéme valerosamente en el banquillo, desa-fiando en osadía lasciva a todas las hermanas. Al instante, azuzándolo a correazos, metieron el asno en la estancia y lo empujaron contra mí. Su arma terrible, rígida ya por las caricias de las monjas, me golpeaba lentamente el vientre. La empuñé bien, esperé a que le untaran una pomada lubrificante, y empecé a introducírmela. Agitándome, empujando briosamente, guiando la lanza con mis dedos crispados, me vi al fin poseedora de cinco pulgadas del ardiente tronco. Quise apretar aún más y caí rendida. Me parecía que mi piel se rasgaba, que me rompían, que me descuartizaban. La bestia, removiéndose sin tregua, ejecutaba un roce tan violento, que me descoyuntaba y quebrantaba la espina vertebral. Al cabo, mis canales espermáticos se abrieron y se desbordaron. ¡Oh, qué placer! Corrió por mis entrañas un río de amor. Exhalé un largo grito de enervamiento y me sentí aliviada... En los transportes lúbricos había ganado dos pulgadas más. Todas las medidas estaban rebasadas y derrotadas todas mis rivales. Sólo quedaban fuera las dos bolsas del asno, como bendito obstáculo para que el animal no me despanzurrara.

Rendida, destrozada en lo más hondo de mi ser, creía apurada ya toda la voluptuosidad, cuando el tremendo azote vibra más rígido, más potente y magnífico; me sondea, me rebaña, casi me suspende en el aire. Se hinchan mis músculos, rechinan mis dientes y caen los brazos a lo largo de los estremecidos muslos; de repente, siento un chorro caliente y pegajoso, tan caudaloso y fuerte que parece que se mete en las venas, las llena, las inunda y va por ellas hasta el corazón. La carne, distendida y anegada por el copioso bálsamo, no siente más que una punzada irresistible que cosquillea los huesos y la médula y el cerebro y los nervios, y separa las articulaciones, y me hace arder, hervir... ¡Delicioso tormento! ¡Incomparable voluptuosidad que desata los lazos de la vida y que parece que nos mata de amor!

Fanny

¡Cómo me enardeces, Gamiani! ¡Voy ya sintiéndome sin fuerzas!... Di: ¿y por qué te saliste de aquel convento endemoniado?

Gamiani

Vas a verlo: una noche, en medio de una orgía insensata, se nos ocurrió transformarnos en hombres colocándonos miembros prodigiosamente imitados, y ensartarnos las unas a las otras persiguiéndonos en una loca danza. A mí me tocó ser el último eslabón de la cadena, y era, por tanto, la única que cabalgaba sin que la cabalgasen. ¡Cuál sería mi sorpresa al sentirme atacada por un hombre desnudo, que había sabido, no sé cómo, introducirse entre nosotras! Lancé un grito de espanto y, al oírme y verle a él, todas las monjas se desbandaron y fueron a caer incontinentes sobre el audaz intruso. Todas querían dar remate real al goce comenzado con un insuficiente simulacro. El festejado macho se quedó pronto hueco y seco. Daba lástima ver su abatimiento idiota, su antena flácida y colgante como sucia piltrafa, y toda su virilidad, en fin, en la más negativa exposición. Cuando me llegó a mí la vez de disfrutar el elixir prolífico, era casi imposible reavivar tales miserias. Pero lo conseguí, a pesar de todo. Inclinándome sobre el moribundo, sepulté la cabeza entre sus ingles, y tan constante y hábilmente chupetée al señor Príapo, que se despertó rubicundo y juguetón que daba gusto verlo. Acariciada yo a mi vez por una lengua experta, sentí bien pronto que se acercaba un supremo placer, el cual gusté sentándome orgullosamente sobre el cetro que acababa de conquistar, de modo que di y recibí un diluvio de deleite.

Aquel espasmo agotó a nuestro hombre. Todo fue en vano para reanimarlo. Y ocurrió, ¡oh, femenina ingratitud!, que así que las hermanas comprendieron que el infeliz no servía para nada, determinaron, sin titubear, matarle y sepultarlo en una cueva, para evitar que sus indiscreciones comprometieran la buena fama de la casa de Dios. Inútilmente combatí la atroz sentencia: en menos de un segundo fue descolgada de su cuerda una lámpara y colgada la víctima en un nudo corredizo. Yo aparté mi mirada del horrible espectáculo. Pero héte aquí que la estrangulación produce su ordinario efecto y el miembro del ahorcado se alza rígido con enorme sorpresa de las monjas. La superiora, maravillada por aquella virilidad inesperada y póstuma, se monta sobre un escabel, y entre los aplausos frenéticos de sus infames cómplices, se desposa en el aire con la muerte y se ensarta a un cadáver. No acaba aquí la historia. O muy delgada o muy gastada para sostener tanto peso, la cuerda cede y se parte. Muerto y viva ruedan por tierra, con tan fuerte golpe, que la mujer se rompe dos o tres huesos y el pobre ahorcado, cuya estrangulación no había sido completa, vuelve a la vida e en su tensión nerviosa está a punto de ahogar a su infeliz pareja.

El rayo que cae entre una multitud causa menos espanto que el que esta escena produjo entre las monjas. Todas echaron a correr despavoridas, creyendo que era Satanás quien había venido a gozar su infame orgía. Sólo la superiora quedó en la sala, entre las garras del resucitado inoportuno.

Tal aventura debía traer horribles consecuencias. Para esquivarlas, huí del convento aquella misma noche.

Refugiéme en Florencia, tierra de leyenda y de amor. Un joven inglés, sir Eduardo, vehemente y soñador, concibió por mí una volcánica pasión. Yo estaba hastiada de placeres inmundos.

En mí, hasta entonces, no había vivido más que la materia; mi alma dormitaba aún y se despertó dulcemente a los acentos tiernos y conmovidos de un amor noble y puro. Emprendí entonces una nueva existencia; gusté esas ansias vagas e inefables que dan la dicha y poetizan la vida. Mi corazón ardió en el mismo incendio que consumía al hombre que me adoraba. Aquel lenguaje, antes nunca escuchado, me producía deliciosos temblores, La húmeda llama que salía de los ojos de mi amante entraba por los míos hasta llegar al fondo de mi ser y conturbarlo de alegría infinita. La voz de Eduardo tenía un sonido musical. Todos sus gestos eran locura, elocuencia, entusiasmo. Siempre extremosa e impulsiva, fui tan ardiente en la pasión ideal como antes en el vicio. Tenía Eduardo uno de esos espíritus fuertes, dominadores, que arrastran a los otros a su órbita. Yo me elevé a su altura: la sola idea del grosero placer me sublevaba; si me hubiesen forzado a practicarlo, habría muerto de ira. Esta voluntaria barrera que me impuse aguijoneaba el amor de ambos; la privación lo hacía más fervoroso. Eduardo fue el primero en sucumbir: harto de un platonismo cuya causa no se sabía explicar, le faltaron las fuerzas para domar la tentación de su apetito; un día me sorprendió dormida y me poseyó... Desperté en medio de sus abrazos locos; vencida yo también, mezclé mis arrebatos a los suyos; me vi tres veces transportada al cielo y Eduardo fue tres veces dios; mas cuando hubo caído, me inspiró horror: ya era para mí un hombre de carne y hueso... Me zafé asqueada, de sus brazos. Estaba roto el prisma; un soplo impuro había apagado aquél rayo de amor, aquél celeste rayo que sólo brilla una vez en la vida; mi alma no sentía ya. Surgía otra vez la carne, ¡la carne sola!, y reanudé mi existencia primitiva.

Fanny

¿Volviste a las mujeres?

Gamiani

Primero quise despedirme de los hombres. Para nunca más desearlos ni aun recordarlos, quise agotar todo el placer que ellos pudieran darme. Valiéndome de una célebre tercera, me prostituí a los más fuertes y pujantes hércules de Florencia. Una mañana me acaeció correr treinta y dos postas y no quedar saciada. Otra vez vencí, destrocé, aniquilé, uno tras otro, a seis atletas. Cierta noche hice más: encerréme con tres recios campeones; mis dichos y mis actitudes los pusieron de tan galante humor, que concebí una idea diabólica: para llevarla a cabo, mandé al más fuerte echarse boca arriba y, mientras me refocilaba a mi talante hincada sobre su clavija formidable, fui lindamente gomorrizada por el segundo, y dio mi boca al tercero tal goce y tan insuperable cosquilleo, que se retorcía igual que un energúmeno. Todos sentimos a la vez la explosión del deleite. ¿Concibes la extensión de este tremendo exceso? Aspirar por la boca la fuerza entera que se le escapa a un hombre; beberte las oleadas de acre y caliente espuma y sentir a la par un doble chorro ardiente que te atraviesa de delante atrás y de atrás adelante e inunda tus entrañas... ¡Es un placer triple, infinito, que no se puede describir! Mis tres incomparables luchadores lo renovaron generosamente, hasta quedar rendidos y agotados.

Luego, cansada, hastiada de los hombres, no volví nunca a concebir otro deseo ni a gustar otra dicha que abrazarme desnuda al cuerpo frágil y tembloroso de una chiquilla tímida, y amaestrarla, aturdirla y desmayarla de placer... Pero.., ¿ qué tienes?, ¿ qué haces?

Fanny

Me encuentro en un estado horrible. ¡Pienso cosas atroces, monstruosas! Todo cuanto has sentido tú, delicias y dolores, querría sentirlo yo también en seguida, ahora mismo... ¡No; no me basta tú para saciarme! Mi cabeza arde... da vueltas... ¡Oh, tengo miedo de volverme loca! ¡A ver! ¿Qué me puedes tú hacer? ¡Quiero morir de exceso! ¡Quiero gozar, en fin!... ¡Gozar!... ¡Gozar!

Gamiani

¡Cálmate, Fanny, cálmate! ¡Me asusta tu mirada! ¡Te obedeceré, lo haré todo! ¿Qué quieres?

Fanny

¡Pues, ea! ¡Que tu boca me tome, que me beba!... ¡Así! ¡Arráncame el alma! ¡Y quiero yo después cogerte a ti, llegarte con la ansiosa lengua a las entrañas y sacudirte hasta hacerte gritar!... ¡¡Oh, el asno aquel!! ¡Quisiera un miembro enorme, formidable, aunque me abriera, aunque me reventara!

Gamiani

¡Ah, loca, loca, todo lo gozarás! ¡Mi boca es hábil e insaciable como la de un vampiro, y además traigo el instrumento de placer que pides!... ¡Míralo y di si éste no puede reemplazar al del asno!

Fanny

¡Oh, es monstruoso!... ¡Dámelo! ¡Dámelo pronto, que lo toque y lo pruebe!... ¡Ay!, ¡ay!, ¡uf!, ¡imposible!... ¡Me destroza!

Gamiani

Es que no sabes. Yo te ayudaré. Tú no hagas más que resistir.

Fanny

¡Aunque supiera que me había de matar, quiero gozarlo entero! ¡Estoy fuera de mí!

Gamiani

Echate boca arriba, bien extendida; abre las piernas; suéltate los cabellos; deja caer los brazos descuidadamente. Entrégate confiada y sin temor.

Fanny

¡Oh, sí, me entrego enloquecida! ¡Ven a mis brazos, ven! ¡Cada instante es un siglo!

Gamiani

¡Calma, vida mía! Escucha: para gustar mejor todo el placer con que voy a embriagarte, tienes que abstraerte, que perderte, que abismarte en un solo pensamiento de amor sensual, de deleite carnal y delirante. Por vivos que sean mis asaltos y por grandes que mis furores sean, no te muevas siquiera. Estate quieta y recibe mis besos sin devolvérmelos. Si muerdo, si desgarro, refrena los transportes del dolor como los de la dicha hasta el supremo instante en que luchemos juntas para morir las dos al mismo tiempo. ¡Ahora vas a saber lo que es gozar!

Fanny

¡Sí, sí; te comprendo, Gamiani! Mira: ya estoy como dormida, y soñando contigo. ¡Aquí me tienes, ven!... ¿Me encuentras bien así?... Espera, espera: esta postura será quizá mejor.

Gamiani

¡Viciosa! ¡Me aventajas! ¡Qué hermosa
estás tendida de ese modo!... ¡Ah, impaciente, impaciente! ¡Cómo se adivina tu afán!

Fanny

Estoy ardiendo. ¡Empieza, empieza! ¡Te lo pido por Dios!

Gamiani

¡No! Prolonguemos más nuestra irritada espera; esta es otra delicia. Abandónate aún más... ¡Así, así!... ¡Así te quiero!... ¡Diríase que es de mármol!... ¡Suprema languidez! Voy a apoderarme de ti, a darte la vida, a reanimarte poco a poco; voy a incendiarte y llevarte al delirio. Caerás muerta en mis brazos, pero muerta de amor y de placer. ¡Delicias inauditas! ¡Gustarlas solamente lo que dura un relámpago, sería el goce supremo del mismo Dios!

Fanny

Tus palabras me queman. ¡Vamos, Gamiani, vamos!

Oyendo esto, Gamiani se recoge precipitadamente sus cabellos flotantes, que le estorban. Se hunde una mano entre las piernas y se excita un instante; después, de un salto, lánzase sobre el cuerpo de su amada y la palpa, la oprime y la acaricia por doquier. Sus labios rozan la bermeja boca; Fanny suspira y la condesa se detiene, aspirando su aliento. Viendo desnudas e inmóviles a las dos mujeres, soldadas, por decirlo así, la una a la otra, habríase dicho que se operaba entre ellas una misteriosa fusión y que sus almas, silenciosamente, se juntaban en una.

Insensiblemente, Gamiani se desase y se yergue. Sus manos juguetean entre los cabellos de Fanny. Después revolotean sus besos y sus tiernos mordiscos desde la cabeza a los pies, los cuales cosquillea con la punta de los dedos y la punta de la lengua. Luego se deja caer sin fuerzas, y vuelve a levantarse, y vuelve a caer anhelante y carnívora. Fanny es besada, tentujeada, restregada, manipulada en todas partes; es pellizcada, estrujada y mordida. No puede ya resistir más y lanza agudos gritos; pero un delicioso contacto viene a calmar al instante el dolor y a provocar un lánguido suspiro. Gamiani, más ardiente y más activa, hunde la cara entre los muslos de su víctima, su lengua se sepulta en el cáliz de amor y lentamente apura toda la voluptuosidad que es capaz de sentir una mujer. Atenta a los progresos del delirio que causa, detiénese o redobla sus ataques según que el paroxismo del placer se aleja o se aproxima. Fanny, nerviosamente sacudida, rompe de pronto en un largo alarido.

Fanny

¡No puedo más!... ¡Me matas!... ¡Ay!...

Gamiani

¡Toma! ¡Toma!-grita Gamiani, dándole un frasco del cual acaba de absorver la mitad-. ¡Bebe! ¡Es el elixir de la vida! ¡Tus fuerzas van a renacer!

Fanny, incapaz de resistir, bebe ansiosa el licor que la infame derrama en su entreabierta boca.

-¡Oh! ¡Al fin!-dice Gamiani, arrebatada. ¡Ya eres mía!!

Hay en sus ojos un no sé qué infernal. Arrodillada entre las piernas de su amada, se

amarra al cuerpo apresuradamente el tremendo instrumento y lo empuña con aire amenazante.

Viendo esto Fanny, se agita, se sacude, se retuerce con más violencia aún. Parece que un fuego interior la atormenta y la lleva a la locura. Sus muslos y su vientre se abren, se distienden, se prestan esforzadamente al monstruoso simulacro. ¡Desventurada! Apenas ha empezado el horrible suplicio, cuando una extraña y repentina convulsión la hace romper en frenéticos saltos.

Fanny

¡Ay!... ¡Ay!... ¡Este licor me abrasa las entrañas! ¡Duele! ¡Quema! ¡Ay! ¡Me muero!.. ¡Maldita y condenada bruja, ya soy tuya!... ¡Ya soy tuya!... ¡Ay!

Gamiani, insensible a estos gritos de espanto y de tortura, redobla sus ataques. Rompe, desgarra y se hunde entre oleadas de sangre... Pero, de pronto, se extravía su mirada... sus miembros se retuercen... los huesos de sus dedos crujen... No cabe duda de que ha dado y tomado un ardiente veneno. Lleno de horror, corro a prestar auxilio; rompo las puertas, acudo, llego...

¡Fanny no existía ya! Sus piernas y sus brazos, en contorsión tremenda, estaban enredados a los de Gamiani, que todavía luchaba con la muerte.

Intenté separarlas.

-¿No ves-me dijo una voz de estertor-que voy a morir?... ¡Vete!... ¡esta mujer es mía!... ¡ Vete de aquí!

-¡Es horrendo!-exclamé loco de angustia.

Gamiani

¡Sí! ¡Pero he conocido todos los arrebatos de la carne! ¿Comprendes, necio? ¡Sólo me faltaba saber si en el tormento del veneno, si en la agonía de una mujer mezclada a mi agonía, había también algún posible goce! ¡Lo hay, y es atroz! ¿Me oyes? ¡Muero en el paroxismo del placer y el dolor!... ¡No puedo más!... ¡Oooh!...

Exalando un largo grito, brotado de lo hueco de sus entrañas, la horrenda furia cayó muerta encima del cadáver.